



RELATOS INCREÍBLES

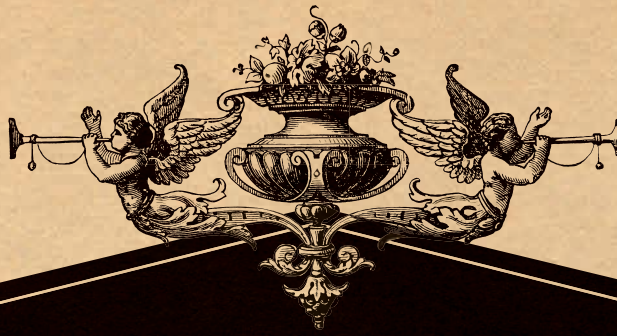
Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror

LÓPEZ EIREOS * GÓMEZ * CEVASCO * MORALES * CCASANI * MEDINA * CASADO



**Los navegantes del mar de
Dirac y otros relatos**





Créditos



© 2016 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)

© 2016 César López Eireos, Julio Cevalco, Jefferson Gómez, Marcia Morales, Miguel Ccasani, Francisco Medina y Alberto Casado.

Director: **Héctor Huerto Vizcarra**

Subdirector: **Hans Rothgiesser**

Comité Editorial: **Daniel Salvo, José Güich, Otilia Navarrete, Christian Campos Alvarado, Miguel Huertas, Tanya Tynjälä, Paola Arana y Daniel Arteaga**

Jefe de Ilustraciones: **Gerardo Espinoza**

Diseño de portada: **Eduardo Romero**

Diagramación: **Héctor Huerto Vizcarra y Rafo Núnjar Tovar**

Revista: **Relatos Increíbles**

Nº 10: **Octubre del 2016**

ISSN: **2413-9017**

Distribución gratuita

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

www.acuedi.org

www.relatosincreibles.com

Email: **relatos@acuedi.org**

facebook.com/relatosincreibles

Twitter: **[@RelatosInc](https://twitter.com/RelatosInc)**



Autores



César López Eireos

(Vigo, 1982). Oceanógrafo y viajero. Ha trabajado en proyectos de i+D y medio ambiente, pero también se entrega a su pasión por la fantasía desde su blog «Relatos Creativos» y su perfil de Sttorybox.



Jefferson Gómez

(Jauja, 1990). Alumno de la Universidad Nacional del Centro del Perú. Actualmente termina la carrera de Lenguas, Literatura y Comunicación. Publicó cuentos en el «Diario Primicia» de Huancayo; también en el segundo volumen de «Calle Irreal: Historias fantásticas».



Marcia Morales

(Lima, 1984). Bióloga y Literata. Directora de la revista «Nictofilia». Directora editorial en «Editorial Cthulhu». Ha publicado el libro «Noctem aeternus. Inconclusiones vertidas en noches de insomnio» (2015). Ha publicado cuentos en diversas antologías y revistas.



Julio Cevasco

(Lima, 1985). Traductor e intérprete colegiado con conocimientos de alemán, español e inglés. Actualmente estudia Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Münster, Alemania.



Miguel Ccasani

(Ica, 1990). Estudiante de Historia en UNMSM. Actualmente es miembro del grupo cultural Tela Verde y del TUSM, mediante el cual ha escrito adaptaciones. Publicó en la revista «El bosque» y ha escrito en distintos medios virtuales.



Francisco Medina

(Olvera, 1970). Poeta, escritor y armonicista de blues. Ha publicado dos libros: un poemario «Anatomía de las palabras» y un libro de cuentos «Tierra de nadie». Actualmente es colaborador de la revista de género policial «Solo Novela Negra».

Autores



Alberto Casado

(Valladolid, 1965). Licenciado en Derecho, suboficial de ingenieros del ejército español. Desde el año 2005 reside en Trujillo. Entre otras obras ha publicado: «Un viaje a través de la historia», «El retorno de los inmortales» y «Tierra de dioses».



Eduardo Romero

(Lima, 1975). Estudió arquitectura, cursos de programación y software de modelado digital. Ganó el Concurso de historietas de Calandria en 1999. Actualmente trabaja en una novela gráfica. Ver portada.



Gerardo Espinoza

(Lima, 1987). Diseñador gráfico y artista digital. Actualmente se desempeña como ilustrador editorial, retratista y escritor aficionado. Es integrante del grupo de historietas Ferro producciones. Es jefe de ilustraciones de esta revista. Ver p. 44



Adrián Rivera

(México, D.F., 1983). Maestro en Ciencias y Artes para el Diseño. Se desempeña como comunicólogo en un instituto de investigación. Escritor e ilustrador en la revista de ciencia ficción, terror y fantasía «Relatos Increíbles». Ver p.32



Beatriz Figueroa

(Lima, 1838). Diseñadora Gráfica, ilustradora, cantante en «Synthesis», trabajos de modelado, conductora del programa de radio «Clockwork Raven», promotora y administradora de Steampunk Peru. Ver p. 38



Pedro Castro

(Lima, 1991). Actual estudiante de ingeniería mecatrónica de la PUCP. Escritor e historietista amateur. En 2015 participó y obtuvo el segundo puesto en el concurso de historietas «Comics For The Classroom». Ver pp. 14 y 17

Índice



Editorial.....	07
El último fauno.....	08
Amistad mortal.....	11
Jauja sumergida.....	22
Perros de rabia.....	24
Lord Carnero.....	28
El trato con Supay.....	36
Los navegantes del mar de Dirac.....	40
Muro de honor.....	53



La
Biblioteca Digital
ACUEDI
cumple

2 años

y necesita
tu ayuda económica.
Colabora con nosotros
para que este proyecto continúe.
La difusión gratuita de más de
8,000
textos
necesita de tu apoyo activo.

Cuenta soles
BBVA Continental

0186-0100038954-42 (Perú)



Consultas a: info@acuedi.org

Móvil: (51) 997656330

Email: luis.morocho@camaleonazul.pe

www.camaleonazul.pe

 /estudiocamaleonazul

Camaleón

Azul

Story board, caricaturas,
comics, ilustraciones,
talleres de dibujo y
pintura,
arte concetual.



Editorial



Cuando Gibson publicó «Neuromante» en 1984 y planteó la posibilidad de vivir en una sociedad gobernada por lo digital, lo que denominó como ciberespacio, pocos pudieron imaginar lo que vendría después con el Internet. Hemos creado una especie de realidad alterna o, en todo caso, una realidad dentro de otra realidad que permite potenciar el intercambio de información y la sensación de cercanía entre los distintos usuarios del mundo donde ya el idioma no constituye una barrera infranqueable.

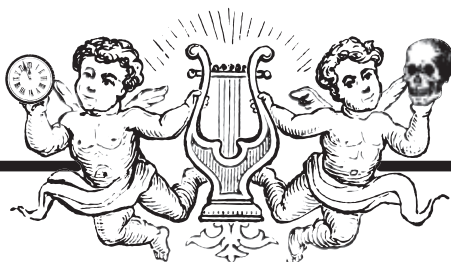
Lo paradójico es que pese a todo esto, la humanidad pareciera más desunida que antes. Existen millones de personas que se encuentran al margen de los beneficios del Internet y la tecnología digital, mientras que los grandes debates intelectuales parecieran resumirse ahora en intercambios verbales en muros del Facebook. Nuestra literatura no es una excepción.

Dentro de ese marasmo, la ciencia ficción, la fantasía y el terror surgen como torrentes de cambio. Dependerá de los nuevos autores de estos géneros marcar un derrotero distinto, uno que genere reflexión pero a la vez atrape a nuevos lectores en sus páginas. Donde se privilegie la calidad ante cualquier otro aspecto. Y en este número tenemos una muestra de ello.

En primer lugar, el cuento de **Miguel Ccasani** nos remite a la historia de un olvidado ser de leyenda, en una realidad que pareciera haber olvidado a la fantasía. Luego, tenemos el cuento de **Alberto Casado** en donde un hábil detective tendrá que enfrentarse al misterio que envuelve a la mujer de sus sueños. Le sigue el cuento de **Jefferson Gómez**, con sabor tradicionalista, en donde nos sumergiremos en los secretos de una laguna. **Francisco Medina**, a su vez, nos presenta una historia de terror campestre, que estoy seguro hincará sus dientes en nuestros sueños. Asimismo, **Julio Cevalco** nos presenta la continuación de la historia de Ofelia, quien tendrá que conocer su destino de manos de Lord Carnero. **Marcia Morales**, también, nos presentará el destino de un curioso personaje andino, que no parece tan malo como se lo pinta. Finalmente, **César López Eireos** nos presenta una clásica *space opera*, donde dos civilizaciones entran en contacto de la peor manera posible. La acción y la aventura están totalmente aseguradas.

Carpe diem.

Héctor Huerto Vizcarra
Director



El último fauno

Por: Miguel Ccasani





Recordaba aquellas fiestas de cacería, cuando las ninfas se asustaban al percibir su aroma de macho cabrío. Para entonces solía lustrar aquellas pezuñas, bañarse en aceite de oliva, y encerar sus cuernos con leche de vaca para que no se agrietasen. Todo esto acentuaba su picaresca y burlona sonrisa.

Había sido uno de los faunos más conocidos de su época. Y no era para menos: no se sabía de doncella, ninfa, dríada, incluso diosa alguna que no hubiera caído alguna vez en sus encantos. Voraz y seductor, se había especializado tanto en el placer que entraba en celo sólo en primavera, justo cuando sus hermanos viajaban por comida fuera de los campos, y las ninfas bajaban a bañarse en las riveras. Y es que de todas las criaturas que probó, sólo ellas satisfacían su deseo con mundana inocencia. Coquetas y puras a la vez, bailaban en los límites de los arroyos hasta que oían su flauta de carrizo cantar. Ellas reían y jugaban a esconderse en el agua para que el fauno entre al juego. Y corrían asustadas, excitadas por aquel aroma cabrino que prometía una idílica primera vez.

Para sumergirse sin reparo en aquellos deliciosos placeres, decidió enajenarse de su rebaño. Prescindió de aquellos territorios que censuraban sus deseos libertinos. Y evitó a los machos de cada especie: la mirada de los centauros, la presencia de los humanos, la vigilancia de los dioses. En esta burbuja epicúrea, este círculo de placer hedonista sin complejos, el fauno fue verdaderamente feliz. Una criatura abierta a un mundo hecho de deseo puro.

Pero aquellas épocas pasaron. El fauno notó la escasez de ninfas en el río, en las riveras, en los campos en general. Como ninguna se dejaba ver fue necesario romper su rutina, alejarse de las aguas para sumergirse en la selva, adentrarse en oscuros parajes en búsqueda de amantes. Lugares olvidados regresaron a sus ojos para desvanecerse en su vejez, y mostrarse acabados, olvidados. Las comunidades que solía evitar ahora estaban silenciosas, muertas.

La soledad se hizo tangible cuando reconoció que no hallaría a ninguno de sus hermanos. Vándalos del placer, los faunos suelen dejar huella en cada lugar que pasaban: Caos y deseo, amor y destrucción. A su paso se podían encontrar machos enojados y doncellas dormidas, sonrientes. Comunidades agitadas en medio de una seductora peste cabrino. Pero nada de esto halló. Acongojado como nunca en años, decidió regresar al río en la espera de alguna ninfa incauta. Ya no le quedaban amantes en el mundo.

El fauno ya no se arreglaba. Sus pezuñas se deslucieron y sus cuernos se agrietaron. Siendo una criatura del momento, no estaba en su naturaleza el envejecer, sin embargo la soledad le era una tragedia tan grande que hubiese preferido morir. Los años, las décadas, los siglos pasaron y él perdía la fe cada vez más. A causa de esto perdió su picaresca y enorme sonrisa.

En los últimos días retomó el hábito de tocar su flauta. Ya sin ánimo ni deseo, sólo para rellenar ese vacío que lo consumía por décadas. Mientras tocaba le entristecía su condición, antes devoraba féminas con lujuria y ahora podría mendigar amor.

Pero la flauta sin querer es un llamado al pasado nostálgico. Y una noche ese pasado respondió.

El fauno se asustó al inicio ante el cambio de viento. El río pretendía abrirse y el cielo se iluminó. Un espectáculo olvidado ya hace mucho volvía para renacer su esperanza. Los árboles enverdecieron, los frutos maduraron, los peces despertaron y saltaron alegres ante aquella hermosa aparición. La naturaleza se regocijaba y daba paso luego de siglos a un gran invitado: el dios Baco.

—¡Oh! Tierna e infeliz criatura...

El dios del desenfreno, que en sus años fuera el mozo sibarita del Olimpo, ahora estaba anciano y decaído. Esas ropas de fiestas extravagantes contrastaban con su cuerpo, apenas sostenido.

—¿Cómo pude olvidarme de ti? El último de tu especie, pequeño, eras el mejor de mis súbditos. ¿Cómo has sobrevivido hasta ahora?

El fauno lo miró angustiado. Por toda respuesta sólo susurró: —Por favor

—Todos nos hemos ido, pequeño fauno —el dios se rebajaba a acariciar sus cuernos—. El mundo nos ha dejado atrás, y nuestro destino es el olvido. Ahora sólo somos reflejos, tótems, estatuas del pasado. Mañana en la mañana te juntarás con nosotros en el otro mundo. Es todo lo que puedo hacer por ti.

Pero el fauno no pedía aquello. Juntando sus manos se le acercó y susurró una vez más: —Por favor

—No podría —en los ojos del dios brillo algo—. Está en mi poder, pero no debería...

Arrodillando sus patas de cabra, el fauno musitó una vez más: —Por favor. La mirada del dios rejuveneció ante un pensamiento: Que se le conceda el último favor al más humilde de sus servidores.

—Oh... —sonrió Baco—. Algo puedo hacer...

*

—No sé por qué se empeñan justo en acampar acá.

Ella tiró la bolsa de dormir mientras sus compañeros se acomodaban.

—Es un buen sitio —le respondían—. Estos árboles, estos parajes olvidados. ¿No sientes cómo te atrae la naturaleza? Es terreno virgen para la civilización. Este bosque es un pasado olvidado que nos llama.

—Tienen estatuas —increpó ella—. ¿Qué tan olvidado puede estar un sitio con estatuas?

—No hay carretera cerca. Esto ha estado abandonado por años. Según el mapa, el pueblo más cercano está al oeste, pero ahora ya anochece. Debemos descansar.

—Sí, y háganme un favor —sentenció—. Si necesitan algo... no me despierten.

Por la noche ella se levantó extrañada. Hubiese jurado que, allá entre los árboles, se oía la tonada de una flauta. Era una canción que la llamaba a lo lejos, provocadora, sensual. Dejó su tienda de campaña sin hacer ruido y se internó en el bosque.

Entre las sombras nocturnas, iluminado por las luciérnagas, la esperaban las siluetas de las estatuas. Representaban figuras que ellas consideraba imposibles: seres mitad hombre mitad caballo, mujeres sirenas, niños alados. La tonada la seguía llamando, y ahora la guiaba hasta una zona débilmente iluminada, cerca de un arroyo. Sobre una roca la esperaba la figura más seductora y extraña que habría visto jamás. El aroma, la canción, su mente dejó de batallar contra lo que sentía. Arreglado y silencioso, aquella figura le extendió una mano mientras ella sintió rendirse de deseo. La criatura hizo a un lado su instrumento y, después de siglos, el fauno volvió a besar.

La encontraron en la orilla del río.

—¿Dónde estabas? Te estábamos buscando toda la mañana.

—¿...Qué?

—Debes de haber caminado dormida hasta aquí. Menos mal no te ha pasado nada. Vamos, ¡levántate!, sólo faltabas tú del grupo.

—He tenido un sueño... un sueño extrañísimo...

El grupo la levantó y todos se alejaron del río, sin dar mayor atención a las flores. No notaron el intenso verde de la mañana, los peces felices, ni la nueva estatua de la orilla. No se fijaron en aquella bella figura de mármol blanco, que mostraba a un ser fantástico en sus mejores años, alegre y seductor, con una picaresca y burlona sonrisa.

Amistad mortal

Por: Alberto Casado





Aquella soleada mañana de un día del mes de setiembre, me desperté acompañado por la melodía de Katy Perry. En la radio sonaba «Part of me», un mega éxito de hacía un par de años. Aún guardaba un lindo recuerdo de su actuación ante los incondicionales fans llegados de todos los rincones de la vieja España. Ese día, la plaza de toros de las Ventas se llenó a rebosar. Yo asistí por casualidad, ya que Ana, mi novia de entonces, era fanática de la solista; consiguió —aún no sé cómo— dos entradas en la zona vip. Aunque Ana tenía pensado ir al concierto con su mejor amiga, en el último momento esta enfermó, con lo que no le quedó otra que invitarme. Los dos disfrutamos, cual si fuéramos adolescentes, de la maravillosa voz de Katy, e incluso acabamos encamados en un hotelucho madrileño. Pero eso fueron tiempos mejores, llenos de felicidad y excesos. Ahora, con dos años más a mis espaldas, me encuentro más solo que la una.

Quizá sea mi profesión la que espanta a las mujeres, puesto que, cuando se enteran de que ando envuelto en líos de infidelidades, muertes fingidas para el cobro de seguros millonarios, accidentes fraudulentos (con el fin de garantizarse los implicados sumas cuantiosas), o asuntos de impugnación de testamentos por herederos insatisfechos, huyen de mi lado como si hubiesen visto al mismísimo demonio. Ser detective privado es sinónimo de problemas, y eso es lo que menos desean las féminas hoy en día. Por eso, sin quererlo, me he convertido en un perfecto picaflor, para quien las relaciones duraderas están vedadas.

Como trataba de contarles, aquel día de finales del verano inicié mi rutina diaria sin saber que mi vida iba a sufrir un cambio inesperado. Era sábado, de eso sí estoy seguro, pues acababa de finiquitar un enrevesado lío de faldas. Con parte de los merecidos honorarios devengados, quise darme una juerga como las de otros tiempos. Por ello, se me ocurrió llamar al fiscal del distrito, joven jurista con quien había hecho buenas migas y que, al igual que yo, era soltero. Fuimos de local en local en busca de mujeres y alcohol, y puedo asegurarles, que encontramos de los dos en abundancia. A media noche, mi amigo desapareció con una curvilínea mulata. No se lo reprocho, la mujer estaba de infarto. Yo, como ya iba siendo costumbre, me quedé solo en la discoteca.

Pero la soledad, si no lo deseas, no es duradera. Así, una bella y blanquísima señorita se me acercó para pedirme fuego. Lo cierto es que no fumo, no obstante siempre llevo conmigo un encendedor por si alguna damisela quiere que le haga un favor..., como fue el caso. Lo de dar fuego es la táctica más antigua del mundo para ligar, pero todavía me resultaba efectiva. La joven dijo llamarse Laura. Era madrileña y estudiaba en una academia de Bellas Artes. Se describió a sí misma como amante de la pintura y de la escultura, y, al parecer, practicaba ambas. También me contó que le encantaba viajar a la aventura, a lo que surgiese. En eso coincidía con ella; siempre me ha entusiasmado conocer por mí mismo otros lugares, pero sin seguir las rutas recomendadas por las guías de turismo. Entre trago y trago, estuvimos conversando, hasta altas horas de la madrugada, acerca de nuestra común afición.

Al parecer, entre nosotros había empatía. No obstante, para no llevarme una futura desilusión, le hablé sobre mi profesión y, contra todo pronóstico, se mostró entusiasmada.

Llegó la hora de cierre de la discoteca y salimos de los últimos. Quedamos para el día siguiente en la noche. Aunque me ofrecí a acompañarla a su casa, se excusó y dijo que prefería pedir un taxi. Al despedirnos me dio un breve y suave beso en la mejilla, al que correspondí con otro igual. Lo último que vi de ella fue su mirada cautivadora; sus ojos color ámbar parecían escrutarme misteriosamente.

Soñé que viajaba en un velero en compañía de Laura. El mar estaba en calma y la exuberante mujer se deshacía en arrumacos y caricias hacia mí. El calor no era excesivo, una fina capa de nubes ocultaba en parte al astro rey. De pronto, empezó a nublarse, se levantó un incómodo viento de poniente y una suave llovizna comenzó a dejarse notar. Para evitar que el palo mayor se rompiera, arrié las velas. Laura no parecía tener miedo y su sonrisa de anuncio de pasta de dientes permanecía inalterable, pero el clima empeoró y las rachas de



Relatos Increíbles agradece tu increíble apoyo

Para mantener este proyecto puedes colaborar con nosotros, comprando publicidad o con las donaciones individuales.

Publicidad

Página completa..... 500 soles

Media página..... 300 soles

Banner..... 200 soles

Colaboración individual..... 50 soles

Nuestra cuenta es
BBVA Continental cuenta soles:
0186-0100038954-42

viento se hicieron más fuertes. El mar se embravecía por momentos y la fina lluvia se convirtió en aguacero...

Grandes olas comenzaron a descargar su furia contra la endeble embarcación y la oscuridad derrotó al día. Sin rastro de los rayos luminosos, navegábamos a ciegas. A pesar de que el velero era bamboleado de un lado a otro sin control y estábamos a punto de volcar, Laura aparentaba tranquilidad. Su inalterable sonrisa blanca me tenía confundido. Quizá fuese una expresión de nerviosismo, pero no lo parecía. De hecho, cuando la situación se tornó aún más complicada, me pidió que la besase. Yo, atraído cual el hierro al imán, me acerqué a la diosa blanca y la besé en sus labios carnosos. Ella suspiró y me dijo: —Gracias —no sabía por qué me daba las gracias, pero imaginé que era porque le había gustado el ósculo.

La tormenta entró en su fase crítica y fue imposible sostener el timón, el cual giraba descontrolado a merced de la fuerza del viento. A causa de la gran cantidad de agua que caía sobre cubierta, el velero se escoraba peligrosamente hacia estribor. Aunque no era muy creyente, me encomendé a la Santísima Trinidad. Al oírme rezar, Laura prorrumpió en una carcajada y dijo: —No temas, amor, nunca permitiría que te ocurriese nada.

Cuando desperté era mediodía. Recordaba a la perfección mi extraño sueño, el cual achaqué al exceso de alcohol de la pasada noche. Me hubiese gustado llamar a Laura para contárselo, pero me di cuenta de que no le había pedido su número de teléfono. Ante el imperdonable error, solo me quedaba esperar a que llegase la hora de encontrarme con mi chica en el mismo local. Me sentía intranquilo; quizás ella no me tomara en serio y no se dignara a aparecer por la discoteca.

Llegó la hora de la verdad y me dirigí a reunirme, o no, con la mujer de la que me había prendado. El primer trago lo tomé solo, porque ella no dio señales de vida —expresión que unos días más adelante me causaría gracia—; hasta que, a mitad de la segunda copa, apareció como



por arte de magia. Vestía un diminuto vestido negro con la espalda al aire y un gran escote en la parte delantera. Sus voluminosos pechos intentaban escaparse a cada rato, lo que mantuvo mi mirada clavada en ellos. Laura se dio cuenta de mi fijación, pues con una voz coqueta dijo:

—Andrés (ese es mi nombre), noto que te gusta mi nuevo vestido.

—Disculpa, sí, me encanta —dije, bastante azorado.

—Tranquilo, si te portas bien... quizá te deje ver algo más —añadió la mujer de mi vida. En esos momentos ya no dudaba de que Laura fuese mi media naranja.

Bailamos, reímos, conversamos, bailamos de nuevo, reímos, nos abrazamos, nos besamos..., y salimos de la discoteca en dirección a un sitio más tranquilo. Yo conocía un elegante hotel que, además, estaba muy cerca de allí. Llevé de la mano a la marmórea mujer, y, nada más llegar, pedimos una habitación de matrimonio. Nos dieron la *suite* presidencial, pero a precio reducido. Una inmensa cama estilo rococó nos estaba esperando. El dormitorio era enorme: cortinajes con laboriosos bordados cubrían los amplios ventanales, mientras que impresionantes lámparas de cristal de roca iluminaban la estancia con sus curiosos juegos de luces.

No hubo mucho tiempo para admirar los más de ciento veinte metros cuadrados puestos a nuestra disposición, ya que, enseguida, Laura comenzó a desvestirse. Primero se quitó los zapatos con gracia y los lanzó lo más lejos que pudo. Siguió con el ligero vestido que tanto me había gustado, el cual se sacó por la cabeza. Mi diosa no llevaba sostén. Sus redondeados senos, con sus enhiestos pezones, me señalaban, invitándome a tocarlos. Ahora pude comprobar la extrema blancura de la mujer. Su vientre, plano como la tabla de una mesa, desembocaba en un sexo exento de vello; es más, Laura no tenía un solo pelo en todo su cuerpo. Tan solo, unas finísimas cejas eran la excepción que confirmaba la regla. Sus nalgas,

poderosas y turgentes, resultaban una delicia para quien pudiera contemplarlas. Y qué decir de sus esbeltas piernas y delicados pies... Laura era la mujer perfecta.

Al verme alelado al contemplar su extraordinaria hermosura, me ayudó a quitarme la ropa. Mientras me desnudó, no apartó su mirada de mi cuerpo ni se olvidó de su perenne sonrisa; de hecho, cuando bajó la mirada y comprobó que mi órgano pedía guerra, se rio a carcajadas. Fue el mejor coito de mi vida. Ella llevó la iniciativa y me transportó al Edén. Su lengua recorrió cada rincón de mi cuerpo como lo habría hecho una serpiente con su presa, pero lo más excitante fue cuando se entretuvo un buen rato en mi cuello. En ese momento, sentí una extraña sensación, como si un fuego abrasador se apoderase de mí; notaba cómo me palpitaba la yugular. Tanta fue la excitación que me mareé, aunque me dio tiempo a ver a Laura relamiéndose, como si acabara de probar un manjar.

Era extraño, pero ya no parecía tan blanca como antes; era como si hubiese recuperado parte de su color, e incluso me pareció observar un ligero tono rosado en sus mejillas. Su cuerpo desnudo me excitaba como ninguno lo hiciera antes y repetimos la función varias veces. Cada vez que la tomaba era más placentero, y con cada unión de nuestros cuerpos, sentía una mayor necesidad de volver a poseerla. Me volví adicto a ella, y Laura a mí, o eso creo. Milagrosamente, y sin ayuda externa, lo hicimos una decena de veces. Era como si ella me diese el combustible necesario para perpetuar el acto.

A la mañana siguiente le pedí su número de teléfono, pero me juró que no tenía. Entonces, le rogué que me indicase dónde vivía, a lo que me contestó que aún no podía decírmelo. Tanto misterio me causaba desazón, mas no podía obligarla a hacer lo que no deseaba. Para aumentar el suspenso, me rogó que no la buscara, ella daría conmigo. Añadió que no me preocupara, pues yo le gustaba y quería continuar con la relación. Entonces, no me quedó otro remedio que acatar sus deseos y esperar a que lo nuestro no fuese algo pasajero. Si eso es lo que ella quería, estaba dispuesto a dejar nuestra relación en sus manos.

Nos despedimos con un beso eterno y con la promesa de volver a encontrarnos pronto. Ella se fue caminando con gracia, moviendo sus insinuantes caderas, pero sin girar la cabeza ni un instante.

Al día siguiente no supe nada de Laura, ni al otro. Transcurrió una semana completa sin tener noticias de ella, semana que me pareció eterna. Yo continué con mi trabajo, como si nada, pero en cada mujer con quien me cruzaba veía a Laura. Aunque me resultaba difícil reconocerlo, estaba locamente enamorado de mi diosa de mármol.

Me hallaba inmerso en un complicado caso de doble infidelidad conyugal: la esposa me contrató para investigar al marido, y resultó que ella también tenía otra relación paralela. Era obvio que un profesional no debía dejarse llevar por sus propias opiniones, y así lo hice. Mi cliente me pagó bien, por lo que una vez descubierto al marido infiel, cobré mis sustanciosos honorarios y me retiré de la escena. Sin embargo, el esposo adúltero supo de la relación extramatrimonial de su esposa por un amigo común, y conecedor de mi competencia, me contrató para que siguiera a su cónyuge.

Este segundo trabajo resultó más complicado, ya que Cristina, la esposa infiel, era más cautelosa que su esposo. Al final, y gracias al teleobjetivo de mi cámara, pude fotografiarla mientras hacía el amor con su fulano en un hotelucho de poca monta. Las instantáneas eran explícitas y no dejaban margen al error. Aunque tengo que confesar que, al ver a la hermosa Cristina comportarse como una leona en celo, me excitó mucho y no pude desfogarme con la desaparecida Laura. Quería ser solo para ella y que ella lo fuera para mí, así que me mantuve casto durante toda la semana. Al final de la misma, sonó el timbre de mi puerta.

Como se habrán imaginado, era Laura más bella que nunca. Cómo dio con mi apartamento, no lo sé, pues nunca le di mi dirección. No le hice ningún reproche ni pregunté nada que pudiese molestarla; nos limitamos a hacer el amor. Ella no llevaba ropa interior, por lo que fue sencillo entrar en acción. De nuevo, aquel calor que se iniciaba en mi cuello y me recorría todo el cuerpo...

Repetimos hasta saciarnos, o mejor dicho, hasta que mi organismo dijo «basta». Tras el sexo, sus ojos color ámbar me taladraron. Se quedó mirándome fijamente, como si quisiera saber lo que yo estaba pensando; tal vez era lo que intentaba. Disimulé, no le di importancia y le acaricié uno de sus perfectos senos. Entonces, fue cuando inició una extraña conversación.

—Andrés, ¿qué estarías dispuesto a hacer por mantener vivo, para siempre, este lindo sentimiento que ambos compartimos?

—Lo que fuese necesario, cualquier cosa, mi amor —contesté a bote pronto, sin pensarlo.

—¿Lo jurarías por lo que más quieres en tu vida? —preguntó Laura, de nuevo.

—Sí, lo juro por mi difunta madre —dije de manera apresurada—; es más, mataría por conservar nuestro amor.

—Ojalá que, cuando llegue el momento, no te olvides de tu juramento —sentenció mi amada, con un misterioso tono de voz.

El resto del día lo pasamos encamados y viendo televisión por cable. Pedí una pizza, aunque lo cierto es que ella no comió nada, y disfrutamos como nunca de la compañía del otro. Laura resultó ser más comunicativa que de costumbre y pude sonsacarle alguna información acerca de su familia. Al parecer, era huérfana y vivía con un tío por parte de padre, de ahí sus reticencias a que conociese su domicilio. Era actriz de cine y teatro, y le encantaban las artes plásticas, como ya me había contado. Me prometió mostrarme su última pintura y recitarme algún fragmento de una de sus piezas teatrales favoritas; pero eso sería otro día.

La mañana del lunes, no sé por qué nos despertamos tarde, de repente ella salió disparada del apartamento, sin despedirse y con una clara expresión de terror en su rostro. No me dio tiempo a sujetarla para que me explicase qué le ocurría, por lo que tuve que conformarme con la promesa de que ella se pondría en contacto conmigo en cualquier momento. Pero no fue así.

Esperé tres días con sus respectivas noches para ver de nuevo a mi extraña amada. Al anoecer del cuarto día se presentó sin avisar, como ya iba siendo costumbre. No quiso explicarme por qué salió a la carrera la última vez, se limitó a mencionar un grave asunto familiar. Esa noche fuimos al cine del barrio: proyectaban «12 años de esclavitud», con Brad Pitt en un papel secundario. La película, aunque triste, al estar basada en hechos reales, nos encantó. Lo raro fue que Laura no quiso probar las consabidas palomitas y se excusó en que si comía no se concentraba en la película. A mí me pareció una explicación cogida con alfileres, como se diría en el argot profesional, pero no comenté nada al respecto.

Más tarde, fuimos a un bar musical a tomar unas copas y escuchar a nuestros cantantes favoritos: Katy Perry y Alejandro Sanz, por mi parte; Frank Sinatra y Celia Cruz, por la suya. Los míos eran modernos y vivos, los suyos... ya fallecidos. Sea como fuese, el DJ era bastante accesible y aceptó nuestras peticiones. Lo pasamos en grande, aunque la despedida fue un tanto fría. Laura no quiso venir a mi casa, tomó un taxi con dirección desconocida. Sin embargo, de algo tenía que servirme ser detective: con disimulo, mientras el taxi se ponía en marcha, memoricé su matrícula. Al día siguiente fui a Tráfico, para que un amiguete, el cual me debía un favor, me soplase la identidad de quien conducía el vehículo al que subió Laura la pasada noche. Enseguida obtuve el nombre, dirección, e incluso el teléfono del taxista.

Me cité con él en una cafetería, no sin antes prometerle un importante incentivo. En efecto, el hombre confesó que la noche anterior llevó a la señorita, por quien yo preguntaba insistentemente, a su domicilio. Según me contó, se trataba de un lugar tétrico y alejado del bullicio de la ciudad. Le pregunté si la vio entrar en su casa, a lo que me contestó que no esperó tanto, pero sí se percató de que la mujer se dirigió a una pequeña y vieja casita, justo frente al Campo Santo. Le agradecí su valiosa información y nos despedimos con un apretón de manos, no sin antes entregarle lo prometido.

Cogí mi propio auto y puse rumbo al cementerio municipal. Como era aún de día, no me causaba ningún temor acercarme a los muertos, cosa que de noche no haría ni por todo el



oro del mundo. No se veía un alma por los alrededores, lo cual no me extrañaba dado el tético lugar. La casita de la que me habló el taxista estaba en estado ruinoso y aparentaba estar deshabitada. La hallé cerrada a cal y canto, por lo que tuve que buscar una entrada trasera. Al fin encontré una pequeña ventana que daba a una especie de patio interior. Con mi pequeño juego de herramientas, que siempre llevaba conmigo, me fue fácil romper las protecciones exteriores, para, acto seguido, quebrar el cristal de la forma más silenciosa de que fui capaz. Desde luego, si me pillaba la policía, me acusarían de allanamiento; pero la curiosidad pudo más, y me metí en la boca del dragón.

Pronto me llevé la primera sorpresa desagradable, ya que el patio al que accedí estaba repleto de ratas muertas. Lo curioso era que todas estaban secas y arrugadas como pasas; alguien las había desangrado. Me pareció muy raro, pues los gatos no hacen eso. Seguí explorando el interior de la casa y me metí en la cocina: pequeña, sucia y llena de manchas de sangre. A estas alturas no sabía aún si esa casa era utilizada por un grupo satánico o por un carnicero muy cochino. Mi olfato de detective se decantó por lo primero, pero me faltaban pruebas para confirmarlo.

La sala principal se hallaba atestada de muebles viejos, rotos y desvencijados, como si los hubiesen acumulado durante décadas. Un curioso cuadro colgaba de la pared principal: un ángel clavaba un afilado cuchillo en la garganta de una hermosa mujer desnuda mientras su sangre era recogida en una especie de bacinilla. La escena se desarrollaba en un espeso bosque, donde cuervos y grajos revoloteaban por doquier. Pero, lo que más me llamó la atención, fue que el ángel dirigía su mirada a un pequeño estanque de aguas cristalinas; pero su rostro no se reflejaba. Pensé que sería un error del pintor, quien, por otra parte, no había firmado el lienzo.

Alrededor de la sala había tres puertas idénticas, que posiblemente conducían a los dormitorios, y una más estrecha, la cual abrí en primer lugar. Al abrirla entré en un pequeño cuarto de baño, dotado con un minúsculo lavabo, el váter y un plato de ducha; pero ni siquiera había un triste espejo. La suciedad, como en el resto de la casa, campaba a sus anchas. Salí del baño y entré en una de las habitaciones, donde una pequeña cama constituía el único mobiliario. Las sábanas, mantas y colcha apestaban, por lo que me apresuré en abandonar la estancia.

En la segunda habitación tampoco encontré a nadie, aunque, al menos, había un viejo armario y una carcomida mesilla de madera. Un colchón tendido en el suelo presidía la habitación. Entonces, me encaminé a la tercera y última puerta, con la sensación de que vería algo similar a lo de los otros dormitorios..., pero me equivoqué.

Una inmensa cama de matrimonio ocupaba la mayor parte del espacio. En ella había un cuerpo. Me acerqué y vi que se trataba de un hombre de mediana edad, probablemente un mendigo, pues vestía harapos y tenía el aspecto de quien no se ha aseado en mucho tiempo. El hombre carecía de pulso; estaba muerto. Lo que más me sorprendió fue la extrema palidez del cadáver. Lo inspeccioné y me di cuenta de que en el cuello tenía dos pequeñas incisiones, como las que haría un insecto. Sin embargo, estaba casi seguro de que, al igual que las ratas, el difunto había sido desangrado por completo. En ese momento, me acordé de la imagen del cuadro. ¿Era posible que los miembros de alguna secta se dedicasen a cazar a indigentes, con los que practicaban sus execrables rituales?

Si llamaba a la policía, me coserían a preguntas para las que no tendría respuestas apropiadas; así que opté por hacerme el ciego, sordo y mudo y salir por donde había entrado. Estaba anocheciendo y corría una ligera brisa. Una vez en la calle, miré en todas direcciones, por si alguien se había fijado en mí. Aunque no logré ver a nadie, notaba una presencia extraña, como si alguien me estuviese vigilando. Incluso me pareció ver dos brillantes ojos ambarinos que me observaban tras un robusto árbol. No obstante, como gozaba de bastante imaginación, supuse que era fruto de mi retorcida mente.

Me fui a mi apartamento a descansar, me senté en mi sillón favorito e intenté buscar otras explicaciones a lo que había visto. Lo que más cólera me daba era haberle pagado al taxista mentiroso; era imposible que en esa casa viviese Laura. Estaba claro que el hombre me había engañado como a un pardillo, pero ya me tomaría la revancha.

Cuando me disponía a dormir, sonó el timbre. Me incorporé de un salto, fui a la entrada y abrí la puerta. Allí estaba mi diosa de mármol, tan hermosa como siempre. Laura me sonrió, entró, me dio un caluroso abrazo y un húmedo y sabroso ósculo. Yo estaba sorprendido de su repentina aparición, pero contento por volver a ver a la sensual artista. Y hablando de artistas... bajo el brazo llevaba una pintura tapada con un tosco papel de estraza. Antes de

desenvolverla, coqueteó hasta lo indecible, haciéndose de rogar. Me pidió que la besase en el canalillo que se formaba entre sus dos pechos, y eso hice. Noté un estremecimiento en Laura y una excitación en mí. Al final, nos olvidamos del cuadro e hicimos el amor en la alfombra de mi dormitorio. Ella era insaciable y yo me dejaba llevar. Al terminar la tercera postura, fue el momento de descubrir el lienzo.

Pensé que ninguna pintura podría desviar mi mirada del cuerpo desnudo de tan hermosa mujer, pero de nuevo me equivoqué. El centro del cuadro estaba ocupado por la imagen de una bellísima mujer desnuda, rodeada de supuestos admiradores que vestían ropas como las que usaban los miembros de las cortes europeas. Laura me contó que la pintura era un regalo de un admirador y que le hubiese gustado traerme alguna de su propia creación, pero aún le daba cierto reparo, pues temía no ser lo suficientemente buena. Quería regalármela; yo no sabía por qué. De pronto, al mirar con más detenimiento la obra, supe el motivo del óbito: la mujer de la pintura era Laura, aunque con el cabello dorado (en lugar del azabache que ahora lucía) y con abundante vello en el pubis. Al ver que acababa de reconocerla se rió a carcajadas y me preguntó cómo la prefería. Respondí que me gustaba más con el pelo negro y sin nada de vello en el cuerpo. Entonces, se rio de nuevo y me obsequió con un interminable beso, como los de las películas.

Entre tanto arrumaco y coqueteo se me había olvidado interrogarle acerca de lo que me había contado el taxista; pero, lo pensé mejor, y decliné hacerlo, no fuese que se sintiese acosada. Esa noche se quedó a dormir, mas en la madrugada salió sigilosamente del apartamento, sin despedirse. Esa excentricidad, tan característica en ella, era, quizá, lo que me había hecho enamorarme hasta la médula; tanto era así, que ya no pensaba en otra mujer que no fuese Laura.

En la tarde del día siguiente recibí una llamada de mi chica. La noté nerviosa y se lo hice saber, pero no quiso decirme qué la ocurría. Quedamos en vernos en mi apartamento, a eso de las 9:00 p.m. Se presentó ataviada con un polito de tirantes y un minúsculo short, que resaltaban su belleza de otra época. Me sonrió y entró. Enseguida la interrogué sobre la extraña llamada. Entonces, me dijo que tenía que contarme algo muy importante, y que cuando terminase de hacerlo, entendería si no quería seguir con ella. La conversación fue la más rara e inconfesable que haya tenido en mi vida.

—Andrés, no sé qué opinas de la existencia de hombres y mujeres diferentes a los que estás acostumbrado a tratar —comenzó a decir—, seres dotados de habilidades inimaginables para la mayoría y una longevidad fuera de lo común.

—He leído algo sobre personas capaces de utilizar una porción mayor de su cerebro, lo que explicaría esas dotes de las que hablas. Respecto a la posibilidad de vivir más, gracias a las mejoras de la medicina es posible —repliqué, con una ingenuidad alarmante.

—¿Y si te dijera que existen seres inmortales dotados de poderes excepcionales? —me refirió, de sopetón.

—Te contestaría que gozas de mucha imaginación, o que te gusta la ficción —le respondí.

—Tengo que confesarte que soy una mujer vampiro, que me alimento de sangre humana y que viviré las vidas de cien hombres —afirmó, muy seria—. Es más, este cuadro fue pintado en el siglo XVII, cuando ya llevaba dos siglos deambulando por este mundo. La mujer soy yo, y los que me acompañan son miembros de mi clan —añadió.

Yo estaba en estado de shock y no sabía si quien me contaba aquello era una orateo, por el contrario, Andrés Ramos Vigil era un pobre incrédulo. Pronto, ella me dio nuevas pruebas de su condición: me leyó la mente, movió pesadísimo objetos sin esfuerzo, dio la vuelta a la manzana en escasos cinco segundos y se subió a la rama más alta de un árbol de un prodigioso salto. Asimismo, me habló de mi visita a la casa frente al Campo Santo. En efecto, ella me había estado espiando detrás del robusto árbol. La casa la utilizaba su clan para alimentarse de sus víctimas de forma discreta. El muerto era un indigente que acababan

de cazar, pero que al llegar yo, no les dio tiempo a enterrarlo en el cementerio. El cuadro del ángel lo había pintado hacía tanto tiempo que no podía recordar la fecha exacta. Muchos de sus cuadros y esculturas estaban expuestos en decenas de museos de todo el mundo, pero siempre sin firma.

Si no la hubiese hecho un gesto para que parase de hablar, no se habría callado. Necesitaba saber por qué se sinceraba ahora. Laura me dijo que se había decidido a confesarme la verdad porque se hallaba en peligro. Según narró, había delatado a un vampiro que se alimentó de un simple transeúnte, el cual no era mendigo, borracho ni delincuente, que eran las categorías que formaban parte de su menú. Este comportamiento ponía en peligro a la comunidad vampírica, pues si la policía daba con ellos, todos deberían huir a otra ciudad. El delatado se la tenía jurada y prometió destruirla. Al infractor le esperaba la muerte verdadera, pero eso sería cuando fuese localizado, ya que había desaparecido sin dejar rastro. Laura no se fiaba de los suyos, por lo que acudió a mí.

—Después de lo que te he confesado, es normal que me desprecies y no desees continuar con nuestra relación. Te juro que te amo; te lo iba a confesar pronto, pero me daba miedo perderte —se sinceró Laura.

—Te adoro, pero nuestra relación es imposible. Tú sabes que mientras que yo envejeceré, tú seguirás siendo como ahora, joven y bella —le recordé.

—Hay una solución... —dijo Laura, y calló de pronto.

—¿Cuál es? No temas, aceptaré lo que sea —confesé, resignado.

—Podría convertirte en un ser inmortal, mas una vez hecho, no hay vuelta atrás —aseguró ella.

—Nunca me arrepentiría de permanecer toda la eternidad junto a ti, pero lo que no soportaría sería tener que alimentarme de sangre humana —aclaré.

—Por eso no te preocupes, yo pensaba como tú... y aquí me tienes —concluyó Laura.

Por más que me jurase o tratase de convencerme de que me gustaría la sangre, no las tenía todas conmigo. Llegados a este punto de la conversación, aproveché para interrogarle acerca de sus escapadas sigilosas. Me dijo que la mayoría de los vampiros, excepto los que tenían más de un milenio, sufrían graves quemaduras al contacto con la luz del sol. Por eso, su «vida» era nocturna. También me aseguró que los inmortales no se reflejaban en los espejos o en las aguas cristalinas (ahí fue cuando deduje que el ángel del cuadro también era un vampiro), y que no toleraban los objetos de plata.

La charla se prolongó durante horas, siendo muchas las revelaciones a las que tuve acceso, las cuales guardo en secreto a fin de que los lectores no puedan localizarme y destruirme. Y digo esto porque, a los pocos días, se produjo mi conversión al vampirismo.

Sé que a la mayoría le parecerá absurda mi postura, pero pónganse en mi lugar: hombre soltero, sin familia ni apenas amigos, asqueado de la vida y de las relaciones ocasionales. Ante esta perspectiva, ustedes también hubiesen aceptado ser vampiros, y más sabiendo que disfrutarían de su condición junto a la mujer más maravillosa que se pudiesen imaginar.

El proceso de transformación de humano en un no-muerto fue semejante al que habrán leído en algún libro o visto en decenas de películas del género. Laura me desangró hasta ponerme al borde de la muerte, y fue, en ese momento en el que me situé en el umbral entre la vida y la muerte, cuando me dio de beber su sangre. Para ello, se hizo un corte en uno de sus senos (más tarde me confesó que se cortó ahí para atraerme con más facilidad, pues sabía de mi predilección por esa parte de su anatomía) y colocó mi boca en el lugar apropiado. Succioné con avidez, tanto, que ella tuvo que apartarme con brusquedad. La sensación de su sangre mezclada con la mía, al correr por mis venas, fue indescriptible. Enseguida mis sentidos se agudizaron: era capaz de oír el aleteo de una mariposa o incluso el respirar de una araña.

Desde que se paró mi corazón se produjo una rápida pérdida de fluidos corporales. A partir de ese momento, solo la sangre humana, y nada más que esta, haría posible que el inmortal en el que me había convertido desarrollase increíbles facultades nunca antes soñadas

por mí. Parecerá gracioso, pero pude ejercer mi profesión de detective entre los de mi nueva condición. Mis habilidades me permitieron localizar al vampiro que amenazara a Laura y ponerlo bajo custodia de las autoridades del clan. Lo que fue de él no quise saberlo, aunque me lo imagino, pues entre los vampiros no se tolera la indisciplina.

Estos últimos años he conocido lugares maravillosos y gente de otras culturas. No sé si viviré cien, mil o cien mil años, pero espero hacerlo siempre al lado de mi diosa de marfil, mi amada y mentora, Laura.



A large, colorful advertisement for 'Lima Show'. The central graphic is a large yellow circle containing the text 'LIMA SHOW' in bold black letters, with a white star in the 'O'. Below this, in a black diamond shape, are the services offered: 'FOTO & VIDEO DE BODAS', 'HORA LOCA TEMÁTICA', 'DRONES BATUCADA', and 'ROBOT LED'. At the bottom of the diamond is a yellow star. Below the diamond, in a yellow triangle, are the phone numbers '9869 - 89144' and '9916 - 02114', followed by the slogan 'DISFRUTA TU EVENTO NOSOTROS LO HACEMOS POR TI'. At the very bottom is a Facebook icon and the text '/LIMASHOWBTL'. The background is a collage of various event photos, including people in costumes, a parade float, and a crowd at night. The text 'SPX/NEUSUD' is visible in the top right corner of the graphic.

Jauja sumergida

Por: Jefferson Gómez





Hace tiempo un grupo de buzos descendieron al abismo de la laguna de Paca, poblado por una vasta vegetación de algas verdosas. Aquellos hombres, siete en total, hombres buscadores de tesoros, no se toparon con las reliquias y la campana de oro de un pueblo sumergido o con las sirenas, muchas veces avistadas en la superficie a la luz de la luna llena, cantando, peinándose y destilando hermosas canciones de sus liras, sino con una ciudad floreciente bajo sus pies. Varias hileras de calles se entrecruzaban con otras. Las casas, al estilo español, relucían con sus portones, balcones y techos de tejado recién cosido. En el ombligo de la aglomeración se alzaba una imponente iglesia con un campanario de bronce en una de sus torres, un reloj en la otra y, por detrás, la colosal cúpula cual caparazón de tortuga, con la cruz de los feligreses cristianos.

—¡Jauja! —exclamó el Primero.

—¿Jauja? —preguntó el Segundo, dudoso.

—No es Jauja —dijo y negó el Tercero.

Los buzos observaban maravillados la ciudad. Sintieron que les faltaba la respiración. Tal vez, por el poco oxígeno que traían las tuberías de arriba hacia sus trajes, estaban viendo cosas ilusorias. El Cuarto imaginó que ya se habían ahogado y sus almas estaban atrapadas en aquel limbo. El Quinto, más soñador, insistió con vehemencia que habían descubierto Jauja, porque la ciudad terrenal de donde vinieron solo era una réplica de ella, la legítima, la que se había ahogado por la ira de los dioses. El Sexto estaba muy pasmado y no podía ni hablar. Pero el Séptimo frunció el ceño y dedujo que eran solo mañas de sirenas e intentos de seducción. ¿Quién estaba en lo cierto?

Anduvieron por la ciudad y a su paso se toparon con hombres y mujeres como en la superficie, de pies y brazos, con trajes de serranía. Desde una portezuela, una madre llamaba a sus hijos que jugaban ocupando la angosta calle. Sentados en la vereda, dos ancianos platicaban muy bajito a la luz del sol. De alguna parte provenía la música de un saxo. En otro sitio, los gatos andaban de puntillas por los techos, los perros ladraban, las palomas batían las alas y también se escuchaba el hablar de un loro. La Jauja de arriba se confundió con la de abajo y los buzos no podían creérselo. Vieron a muchas personas conocidas: amigos de la niñez, vecinos, al panadero, al vendedor de periódicos, al director de su colegio centenario, sus profesores, sus ex y primeras novias, de uno su abuela, de otro su hermano, madres, padres, hasta sus antiguas mascotas. ¿Qué es lo que sucedía allí? Todas las personas y animales muertas en Jauja vivían con naturalidad, como si aquel lugar fuera el cielo acuático de las almas de los jaujinos.

—¡Chusha! —el Tercero trató de espantarles—. ¡Espíritus de malagüero!

Los habitantes de la ciudad fijaron su atención en los recién llegados y, reconociendo quienes eran los sujetos dentro de los trajes, corrieron para darles la bienvenida. Con gran jolgorio les llevaron a sus casas, agasajándoles como hijos ilustres. El miedo, la negación y las dudas de los buzos se disiparon por la aceptación ciega y el goce. Las orquestas y las bandas tocaron todo el día y toda la noche. La Jauja sumergida vibró como en los meses de carnaval pero al rayar el alba, cuando arriba ya había amanecido, los hombres en la orilla de la laguna giraron sin descanso la manivela, envolvieron las tuberías con la esperanza de traer de vuelta a sus camaradas, cargados con las reliquias más codiciadas del país. ¡Grande fue su sorpresa al descubrir que los siete trajes estaban abiertos, desgarrados y vacíos! Sólo había varios puñados de cabello rubio entre los dedos de los guantes, señal de inútil escaramuza.



Perros de rabia

Por: Francisco Medina





El invierno nos había pillado desprevenidos. En un principio sólo se notaba una cierta frialdad en los rayos del sol que se colaban caprichosos entre las ramas de los pinos, después la brisa se convirtió en viento, un viento que removía la hojarasca parduzca de un sitio a otro de forma aleatoria. Levantamos la cabeza del sendero que seguíamos por aquella sierra y observamos como las nubes se estaban apretando unas contra otras en el horizonte, y el cielo azul cobalto se oscurecía igual que una noche sin retorno.

Olía a mojado, se metía por la nariz y hacía cosquillas. La brisa traía de lejos pequeñas partículas de agua y un manto de nubes prietas que se cernía sobre nuestras cabezas... goterones grandes como monedas comenzaron a caer al azar. Con un escalofrío nos detuvimos en medio del camino para ponernos el chubasquero mientras vimos a los animales salvajes buscando cobijo entre el monte bajo.

Los árboles se zarandeaban llevados por el viento en una comunión resuelta desde milenios. Primero, un gran copo de nieve, como una flor blanca y sedosa, se depositó en mi hombro. Fue sólo el principio de una gran cortina helada que cubrió el cielo y se tragó la luz del atardecer. De la admiración de contemplar el espectáculo natural, pasamos al pavor de quedarnos atrapados en la montaña. Corrimos por aquella vereda mientras la tormenta se desataba en silencio. Un silencio que había contagiado al entorno. No se escuchaban ni los pájaros, la nieve caía sin sonido y la montaña parecía acogerla con cierto toque místico.

A lo lejos vimos una cabaña, de su tejado salía una lanza de humo que apremiaba a ir más deprisa, a refugiarse en aquel fuego extraño y salvador... golpeamos la puerta con los nudillos congelados. El ocaso era sólo un punto concreto de donde parecía nacer la ventisca. Cuando la puerta se abrió, el calor de la estancia se reflejó en nuestros anhelantes ojos. Un rudo anciano de edad indeterminada y con una media sonrisa de un solo diente nos recibió en la entrada. Era una vivienda humilde, rústica pero caliente.

—Pasad —nos dijo—, pronto la nieve se convertirá en cuchillas afiladas.

Y la pesada puerta se cerró tras nosotros con un sonido sordo... el fuego tiene la cualidad de renacer los ánimos o adormecerlos a parte iguales. Estuvimos largo rato mirando las llamas, mudos, hipnotizados por el crepitar del fuego, hasta que nuestro anfitrión nos invitó a sentarnos a su mesa, donde ya humeaban unos jarrillos con café.

—Es de puchero... pero revivirá vuestros helados huesos.

Nos sentamos a la mesa, mientras el murmullo de las cabras en el tinado llegaba a nosotros como una súplica.

—Voy a atrancar las puertas... en noches como esta es cuando salen a buscar comida... el ganado lo presiente.

Y nos dejó allí, mirándonos los unos a los otros, apurando nuestros cafés amargos y sorprendidos por tal afirmación. Sin saber que decir y con el misterio metido en el cuerpo.

Cuando regresó a la mesa nos miró uno por uno con unos ojos que reflejaban humildad. No se hizo esperar y tras sentarse en una silla de mimbre, que crujió como mil huesos rotos, comenzó a contarnos la historia.

—Dicen que vienen del infierno, que se escaparon por una de las numerosas puertas de acceso que el averno posee por todo el planeta... y yo puedo afirmarlo.

»Tuve la mala ventura de cruzarme con ellos. Yo ya había escuchado, cuando era mozo, aquellas espeluznantes historias. Cuentos que nos narraban nuestras madres y abuelas para asustarnos y de paso disuadirnos de que no anduviéramos solos por la calle. El tono de sus voces se hacía enigmático cuando nos describían los relatos. Leyendas que mostraban a una endiablada jauría de enormes bestias cuya espantosa particularidad ni se podía nombrar. Recorrían los campos por las noches, asesinando sin compasión a cualquier ser vivo que tuviera la mala fortuna de cruzarse en su camino. No había escapatoria, y la muerte era cruel y

dolorosa ya que devoraban vivas a sus presas. A nosotros, los niños, se nos quedaba cara de alelados, y si salíamos a la calle, procurábamos no alejarnos mucho de las puertas de nuestras casas. Hasta que se nos olvidaba la historia y volvíamos a aventurarnos en el desafío del asfalto pero siempre había alguien que la recordaba y la contaba de nuevo, a su manera eso sí. El sólo hecho de imaginarlo te ponía los pelos como escarpas, la sensación escalofriante no te abandonaba nunca...

»Yo siempre amé el campo desde pequeño. Por eso, tenía claro cuál sería mi oficio. La libertad que se percibe cuando vas con el ganado por el monte es inigualable. Es un trabajo duro, pero satisfactorio.

El viejo hizo una larga pausa para beber de su abollado jarrillo. En su cara arrugada y tostada por el sol se podían leer todas sus vivencias como en un libro abierto... los perros en el cobertizo aullaban poseídos por un extraño miedo.

—La vida en la sierra tiene brega, pero los años fueron pasando rápido, demasiado rápido. Las hojas de los árboles mudaron sus vestiduras infinitas veces... ya no recordaba aquella terrible historia... hasta esa noche.

»El viejo talabartero había estado aquella mañana aquí. Era un gran aficionado a los espárragos amargueros, y la verdad, de esos abundan por estas lindes. Estuvimos largo rato sentados al solecito para calentarnos los viejos huesos, y de paso informarme de cómo iban las cosas por el pueblo mientras nos bebíamos un par de mostos.

»No le echaron en falta hasta el segundo día. Vi bajar lentamente por la vereda al todoterreno de la guardia civil. En seguida supe que algo iba mal. Ellos sólo vienen por estos lares si ha ocurrido alguna desgracia en la montaña o si había un fuego cerca. De boca del sargento averigüé que el anciano no había regresado a casa y que andaban buscándolo desde entonces.

»—Tú conoces bien la sierra, Antonio —dijeron—. ¿Quién mejor que tú para ayudarnos a encontrarlo?

»No sé porqué pero tuve un mal presagio. Algo en mi interior me dijo que no volvería a ver al viejo talabartero... al menos con vida.

»El sol ya estaba alto cuando comencé a desesperar. Llevaba un tercio de terreno recorrido y no encontraba hechizos que me indicaran que un ser humano hubiera pasado por allí. El ansia pudo conmigo. Aunque conocía la montaña de sobra sabía con certeza que la noche era traicionera. Sin embargo, se hizo la oscuridad y las primeras estrellas comenzaron a asomar entre un tapiz denso de nubes. De vez en vez, dejaban ver el cielo en todo su esplendor. Desde allí arriba observé como los guardias se retiraban, más prudentes que yo, que inevitablemente me hallaba muy cerca de la cima de la sierra. La luz era escasa, cada paso que daba tenía que ser premeditado. Un resbalón fortuito y acabaría despeñado colina abajo.

»Me sabía de memoria todas las veredas que atravesaban la montaña, un mapa imaginario en mi mente. Me dirigí hacia el lado opuesto del macizo montañoso. Era un camino más largo, pero menos peligroso para un descenso nocturno. Cuando llevaba media hora aproximadamente de bajada, unos sonidos extraños llamaron mi atención. Eran como gruñidos, chasquidos, igual que cuando se parte un palo seco para avivar la lumbre. Procuré acercarme con recelo para averiguar que era. Al principio, sólo pude apreciar un bulto que se movía. Una sombra dentro de otra sombra. Repté entre el matorral intrigado. Al encontrarme más cerca, supe que eran animales salvajes y que se disputaban una presa, con tal contundencia que se escuchaban de forma escalofriante los lamentos de la pobre criatura, que había tenido tan mala fortuna de caer en aquellas hambrientas fauces. Los gruñidos, el sonido de la carne desgarrada y el hueso roto me revolvieron el estómago. Tenía que huir de allí con celeridad. El viento estaba a mi favor pero, si cambiaba me olerían y entonces sería yo la víctima.

»Cuando me reincorporé para irme, ocurrió la tragedia. Y sabe Dios que no duermo bien desde entonces, y sabe Dios que desde aquella noche atranco las puertas por seguridad, aunque esta casa se encuentre lejos de la cima de la sierra. El cielo se aclaró, era como si

unas manos invisibles apartaran las nubes de repente. Una luz creciente iluminó la montaña y aquella escena dantesca apareció y me cortó la respiración.

»Sobre la presa se abalanzaban llenos de ira una manada de perros, pero, ¡ay!, carecían de pelo. Sus carnes brillaban sanguinolentas. Músculos, tendones, nervios, palpitando bajo la tétrica luz lunar. Era un espectáculo tan terrible que mis miembros quedaron paralizados por el terror. En seguida, aquellas viejas historias que nos contaban cuando éramos chiquillos se agolparon en mi cabeza. Las tenía delante de mí. Como en una pesadilla que se escapa del mundo onírico para asustar la realidad. No entraba en razones, no quería creerme lo que estaba sucediendo. Me froté los ojos, en un intento inútil de que aquello tan atroz desapareciera, pero aún el destino me tenía reservado un duro golpe.

»Los descarnados perros se movían peleándose entre ellos y en uno de esos fatídicos momentos la presa quedó al descubierto. El alma se me fue a los pies. No era un animal lo que estaba encontrando la muerte bajo aquella diabólica jauría, no era una cabra o una oveja descarriada. Lo que moría despedazado era el viejo talabartero. No lo puedo decir con exactitud, pero creo que sus ojos me miraron. Y pude leer en sus pupilas que rezara por su pobre alma.

»Un inmenso dolor me atravesó el pecho, pero algo, el instinto de supervivencia, activó mi adrenalina y mis piernas reaccionaron de nuevo... huí de allí, con la mirada del viejo clavada en mi espíritu, pero sabía que ya nada podía hacer por él, que ya estaba perdido incluso mucho antes de que lo encontrara por casualidad. Bajé a ciegas por la abrupta montaña, con el corazón palpitante y un sudor frío perlado mi frente. Cuando llegué a la llanura caí de bruces, derrotado. Así me encontraron los guardias civiles y esto les conté. Claro está que no me creyeron. Pusieron un sinfín de estúpidas explicaciones en el informe, cuando a la mañana siguiente encontramos los huesos pelados del pobre anciano, pero yo sé lo que vi.

El viejo se acercó lentamente al montón de leña que había al lado de la chimenea, cogió un tronco gordo y atizó el fuego.

—Es mejor que paséis aquí la noche.

En el cobertizo, el ganado se hallaba inquieto, afuera, como un quejido inhumano, un aullido terrible rompió el silencio de la noche fría y oscura... nos miramos los unos a los otros y vimos como el pastor se encogía de miedo, preso de un antiguo recuerdo.

¡15 años de experiencia trabajando para las mejores empresas y organizaciones del Perú y el mundo nos respaldan!



- *Diseño Gráfico, diseño de logotipos, isotipos, isologos.*
- *Diseño de páginas web adaptativas, HTML5, CSS3, Javascript, PHP, Flash, MySQL.*
- *CD multimedia para presentación de empresa, productos, catalogos, books digitales, curriculum, proyectos, demos de software, etc.*
- *Alta y posicionamiento en GOOGLE, SEO-SEF.*
- *Creación de portales, E-Commerce, galerías de imágenes, foros, servicios de noticias, blogs, CMS, guestbooks (libro de visitas), listas de correo, entornos de servicio de atención al cliente, etc.*
- *Asesoría en redes sociales.*
- *Presentación de su web en idioma inglés, español, chino, alemán, etc.*
- *Gestión de dominios de primer nivel .COM, .NET, .ORG, etc. Recuperación y transferencias.*
- *Alquiler de Hosting Linux para Microempresas, Pymes, Medianos y grandes negocios.*
- *Mantenimiento de computadoras y redes.*
- *Recuperación y respaldo de datos.*

w: <http://iotopia.net>

@: estudio@iotopia.net

Skype: [estudio.iotopia](https://www.skype.com/en/contacts/estudio.iotopia)

t: (+51-1) 6559026 (CLARO)

m: (+51-1) 993400806 (CLARO)

Lord Carnero

La balada del nunca amado

Oscuro - Parte 6

Por: Julio Cevalco





El barullo ardía como las llamas de las antorchas. Fuera de la cabañas, en las campiñas, una turba de campesinas con los rostros cubiertos le rebanaba la carne a un crío. La mayoría usaba pañuelos negros o manchados de grasa para embozar sus caras, pero un grupo pequeño portaba griñones oscuros, los cuales les cubrían la cabeza casi en su totalidad. Sólo se les veían los ojos. La caracortada, sacándose la mugre de las uñas, espiaba a las labriegas desde el otro lado de la malla que protegía la ventana de su casucha y, por momentos, se distraía con los estandartes negros y las teas que ardían bajo esa noche sin luna.

—¡Piedad! —clamó el prisionero, desnudo y arrodillado—. ¡Os prometo que me marcharé y que no me volveréis a ver, pero dejad de cortarme! ¡Dejad de cortarme!

No le hicieron caso.

Ofelia retiró el rostro de la malla dejándose envolver por la oscuridad. El sonido del acero al cortar la carne, el chasquido del viento y el alarido que soltó el crío la hicieron temblar; y cuando volvió la vista al campo se encontró con una criatura escuálida y sangrante a la que le faltaba una parte del rostro. Luego de escrutar en la neblina intuyó que el muchacho debía de tener su edad.

—Pobre diablo, pero se lo ha ganado por hijoputa —pensó y recordó a las mujeres paseándolo desnudo y gritando por qué lo habían atrapado.

»Le dio de cabezazos a una de las pastoras mientras guardaban a las ovejas —la caracortada se llevó una mano al mentón, sombría, como pensando—. ¿Pero por qué coño la golpeó? Era uno de esos tíos que buscaban refugio y a los que antes de mi llegada les permitieron quedarse.

»Tal vez lo que la bruja le había dicho en la casa de curación no era una idea tan descabellada después de todo:

»—A los últimos les conseguimos oficio, les brindamos alimentos y refugio, pero al final nos mordieron las manos como si fueran chacales.

»La bruja Mèrrin tenía razón —concluyó la bastarda—. Son unos malditos parias —y, nuevamente, se distrajo con las mujeres que descarnaban al muchacho. Dos de ellas, que llevaban la cabeza tapada, lo inmovilizaban sujetándolo de los hombros mientras que las otras tomaban un cuchillo, se acercaban y le rebanaban un trozo de carne como si fuese un jamón grasoso.

Esa noche la grama se manchaba de sangre bajo la sombra de los estandartes de Liliètt Cannen: dos blasones danzantes de dos casas aliadas de campesinos armados. Los labriegos lo llamaban duunvirato.

Oculto bajo las sombras de su alcoba, la bastarda observó los banderines, mas a esa distancia no distinguía bien los escudos. Sólo había escuchado que Ariela Shael'tiel, uno de los duunviro, era conocido en la comarca como Lord Carnero.

La muchacha, de pronto, lanzó un escupitajo negro con dirección a la malla pero su flema quedó pegoteada.

—Mala cosa —susurró—. Sigues enferma. Como no te cures los labriegos querrán echarte y si te echan, ¿a dónde carajo irás?

Càdeburg no era una alternativa. Había viajado desde los territorios de los Riese y estaba segura de que los príncipes y los soldados eran una bola de energúmenos de baja estofa. —La tienes jodida, muchacha —pensó. Tampoco iba a viajar al norte de la comarca. Luego de cruzar los campos se erguía una ciudadela amurallada y en ruinas, fortalecida con rejas y barreras sólidas pese a su antigüedad. Ofelia había escuchado que detrás de sus paredes se escondía un jardín salvaje plagado de enredaderas, flores y espinas, en donde moraban unos curanderos, y si uno lo bordeaba y seguía cuesta abajo, llegaba al puerto en donde habían desembarcado.

—Olvídalo, no vas a ir a ningún lugar —escuchó de pronto decir a una de las campesinas. En ese momento su corazón dio un brinco, y cuando vio que se refería a su prisionero soltó un pequeño suspiro.

Con el ceño arrugado observó a otra de las labradoras sajarle un trozo de piel al crío. La mujer, de cabello suelto y mugriento sobre los hombros, rebanó una lonja gruesa del pecho, y el muchacho comenzó a retorcerse gritando sobre la grama húmeda y sangrienta. Una de las labriegas que sostenía una antorcha caminó hacia adelante casi cojeando. Su rostro estaba cubierto por un velo negro, como algunas de sus compañeras que la seguían como sombras.

—¡Escuchadme con atención, refugiados! —comenzó con una voz rasposa, la mirada incandescente iluminada por el fuego; a su lado dos adeptas alzaban sendos estandartes con los emblemas del cráneo del carnero y la espiga de trigo oscuro en campos de armiño y sangre—. ¡Nuestro pueblo está harto de vuestras infamias, y ésta es una demostración de lo que os pasará si os seguís metiendo con nosotros!

Las mujeres arrastraron al crío junto a la mujer tapada. Lo tomaron de la melena y lo mostraron ante los vientos de la tierra y del campo. La corriente bufó, furibunda, mientras la bastarda observaba que al prisionero le habían cortado la mayor parte del rostro. Un muchacho sin labios ni párpados que todavía seguía vivo.

En ese momento una de las labriegas se acercó con un pergamino, el cuál desenrolló y se lo entregó a la campesina de negro que sostenía la antorcha.

—Aquí tienes, Milcuchillos —le dijo, y la mujer asintió.

Milcuchillos cojeó nuevamente, abriéndose paso entre las otras partidarias, y sus ojos relumbraron ante las llamas. Tenía la mirada perdida, como si viera a un rostro en la niebla al que nadie más veía.

—La Sombra del Campo se ha levantado por las almas de nuestras mujeres —continuó mientras el viento tiraba de su grifón con su mano fantasma—. Dos campesinas desaparecidas en las últimas semanas; a una le arrancaron el labio, otra murió contagiada de plaga y hace dos días, Noelia Faris perdió la nariz y un ojo por culpa de este maldito puto —al instante sus ojos se desviaron hacia la criatura arrodillada sobre la grama. Ofelia se mantenía en su cabaña, observando, y pensaba que los otros refugiados también permanecían escondidos en las suyas. Milcuchillos esperó unos segundos a que el prisionero agachara la cabeza, sometido ante las asesinas en la oscuridad—. No vamos a esperar a que destruyan más vidas. Si continuáis atacando, os buscaremos y os cortaremos. Luego os dejaremos morir aprisionados, en soledad. Sabemos quienes sois.

Ofelia se tocó la cicatriz que afeaba su rostro. Desde las sombras observó a la turba de casi treinta labriegas e imaginó un calabozo rocoso y profundo, de paredes manchadas de rojo, en donde prisioneros con el cuerpo desgarrado pedían auxilio mientras gusanos incubaban en sus caras rebanadas. Milcuchillos, entretanto, leyó los nombres de los refugiados escritos en el papiro. Las antorchas lamieron el viento una vez más.

—D'vir Guibor, Mâgal Òron y el campesino Tristen Far'n. Lìor Mâor y sus hermanos Pârnas, Tèmel y Rèjmiel. Còranit Lilaj, Kvuda Mâganit, Riva Sigalit y Vârda Tàal —Milcuchillos se aclaró la garganta, gargajeó y se escuchó el ruido de un salivazo. La mujer continuó leyendo en las tinieblas.

—Tarde o temprano te llamará —pensó la bastarda mientras se retiraba a sentarse sobre su cama—. Nos conocen a todos. Conocen tu nombre y saben que no perteneces a este pueblo.

—Ufara Simja y Sima la Rubia. Zuriela Tzavar, Ràjam el Tuerto y Òr Rònen. Ritzia Hatzlàja, Kelila Iti, Batshèmesh la Blanca y la Caracortada.

Milcuchillos no había pronunciado su nombre, por lo menos, pero no había ninguna otra mujer en el pueblo con el rostro marcado como el de la bastarda.

Esa noche, cuando la Sombra del Campo se retiró, Ofelia yacía acostada sobre su catre y cerraba los ojos tratando de dormir. Si bien no pudo al principio, después de un rato cuando por fin soñó, la misma visión de siempre volvió a repetirse: aquella en que despertaba en una balsa a las primeras horas de la mañana, y en la cual, debido a los poderosos rayos del alba, veía las siluetas de una pareja que la despedía. Ambos se hallaban acuclillados a la orilla del río. Ofelia no los había visto bien, pero uno parecía ser un guerrero con el rostro afeminado y, la otra, la del vestido largo, tenía el porte de una mujer muy alta. La balsa se dejaba llevar por la corriente del Causcaba hasta que se estrellaba en la ribera opuesta, donde la hierba no estaba muerta y las rosas todavía conservaban sus espinas. Sin embargo, esa noche la bastarda despertó a la mitad del sueño, antes de que la pareja de sombras la despidiera.

La puerta, de pronto, comenzó a crujir.

—¡En nombre de Lord Carnero, déjanos pasar! ¡Déjanos pasar! —gritaba un labriego mientras la madera sonaba con cada golpe de la aldaba. La caracortada abrió los ojos y, somnolienta, se sentó sobre la cama. Se sirvió un vaso con agua de una palangana antes de escupir un buche de baba negra. Un hilo de saliva le quedó colgando del labio.

—¡He dicho que nos dejes pasar! —volvió a retumbar la voz, y los golpes con la aldaba fueron remplazados por patadas. Luego del tercer puntapié, la muchacha quedó observando a los tres hombres que ingresaron a su casucha empujando una puerta que chirriaba con las jambas rotas y el picaporte de cabeza. Eran campesinos desarrapados, de melenas rojas y ojos que parecían de vidrio. El más alto se llamaba Mòrdekhay Milkraev, un mastodonte con la camisa abierta, cinturón de hebilla, y pantalones y borceguíes del color de la arena. Mòrdekhay tenía el rostro grueso y lleno de pecas, así como dientes de caballo y enorme sonrisa. Parecía que el hombre había estado comiendo mazorca, porque unos granos afloraron entre sus encías cuando sonrió. Le apestaba el aliento. Los otros dos, en cambio, se mantuvieron a su lado con el semblante sombrío a la luz de las teas que sostenían. Escondían sus rostros bajo sendas capuchas.

—No te había visto por acá —susurró uno de los encapuchados rascándose la panza—. Debes venir con nosotros. El Lord Carnero lo ha ordenado; además he oído que le gustan los monstruos.

—Lord Carnero, ¿para que coño me quiere ese cabrón? —pensó.

—Mira su rostro —susurró el otro tras volverse a su compañero, la cara tajada iluminada por su antorcha—. Tiene una cicatriz peor que las mías, y esos ojos amarillentos... Dicen que sólo los llevan quienes han visto el averno o quienes antes de nacer nadaron en sus entrañas.

La bastarda los observó frunciendo el entrecejo. Le parecían labriegos extraños; mientras más hablaban, más despedían olores a tierra, acero, granos y campo, pero no dijo nada. Permaneció en silencio hasta que se distrajo con la sonrisa de Mòrdekhay. El campesino de los cabellos largos continuaba mostrando sus dientes de caballo y, por un momento, sus facciones se asemejaron al rostro de la peletera Godètt de Bertrànd; al cabo de unos segundos, como la bastarda permanecía sentada, el mastodonte dio un paso adelante y la tomó de la muñeca con su enorme mano de agricultor.

—No hagas las cosas más difíciles de lo que son, cariño —sonrió de nuevo, y una nube con un hedor a comida descompuesta se extendió en la habitación de la bastarda. Los granos de maíz continuaban aflorando entre los dientes de Mòrdekhay—. No queremos hacerle daño. No lo haremos si no nos obligas. Ese es el trato. Si te resistes, mis gamberros te golpearán hasta que te desmayes, entonces te cargaremos como a un cordero y te llevaremos. Fuera nos esperan nuestros caballos.

»Te lo repito. No hagas las cosas más difíciles de lo que ya son, que nos ha costado mucho levantarnos y cruzar tan tarde los campos. Fuera está muy oscuro.

La caracortada se encogió de hombros mientras el campesino mostraba sus dientes.



—Después de lo de anoche supongo que soy una intrusa en este pueblo —susurró—. Esas mujeres enmascaradas, las que se hacían llamar La Sombra del Campo, ¿quiénes eran?

Mòrdekhay esbozó una sonrisa poco antes de volverse a los gamberros de las capuchas.

—Una cría que hace preguntas —les dijo mientras metía la mano en los bolsillos. El campesino sacó un trozo de mazorca y le dio una mordida. Luego se volvió a Ofelia mientras masticaba—. Te diré algo: todas las preguntas en el camino. ¿Vienes por las buenas o te obligamos? Tú eres quien decide, cariño.

—Por las buenas —respondió la bastarda. Luego pensó: —Además nada podría ser peor a que me echen de esta comarca. Sin embargo, anoche, los estandartes de las mujeres de negro eran la espiga de trigo oscuro y el cráneo del carnero, y estos campesinos vienen de parte del Lord. —chasqueó los labios—. Carajo. Supongo que siempre hay un riesgo que correr.

»Vamos —dijo.

—Perfecto —respondió Mòrdekhay.

Luego de abandonar la cabaña, la bastarda se montó en el caballo del labriego que volvía a morder su mazorca. Era un trotón ruano de gran alzada y espesa melena larga. Ofelia se sujetó de la cintura rolliza del campesino antes de que empezaran la marcha, mientras los otros dos, Nàjum el Cortado y Càlev el tripas, los seguían desde atrás sobre unas jacas de capa overa surcando la niebla.

El viento silbaba como augurando una tempestad, y la muchacha recordaba que hacía unas cuantas horas, durante una noche temprana, un grupo de mujeres vestidas de negro le habían rebanado la carne a un crío. Antes de llevárselo le envolvieron la cabeza con un saco y desaparecieron en la oscuridad.

—No tienes nada que temer, ya estás a salvo —le dijo Mòrdekhay. El labriego se pasó la lengua por los dientes para sacarse los granos—. Esas mujeres no te echarán. Eres una campesina con suerte. Si crees en la vida después de la muerte ve a la tumba de la tal Rose, y rézale, que antes de morir le dijo al duunviro que tú la trajiste a este pueblo para que la enterraran. Sabía que estaba enferma y que iba a morir. Si no hubiese sido por ti, su cuerpo estaría pudriéndose en algún rincón del campo.

—Sí. Sería comida para carroña. No me cabe la menor duda —pensó.

»Hice lo que cualquiera hubiese hecho —susurró la bastarda con el rostro pegado a la espalda del campesino—. Tampoco es para tanto.

La ayudó porque estaba perdida.

—Tú me ayudas y yo te ayudo —era así como pensaba; además Rose Càrragan le dijo que en Lilièt Cannen encontraría refugio.

—Como sea, después de ese tajo en la cara no te puede ir peor. Te has ganado a un aliado poderoso —Mòrdekhay esbozó una sonrisa de yegua mientras volvía su rostro hacia la bastarda, pero Ofelia no sabía si creerle o si el labriego se burlaba.

Al cruzar los Campos Pelosos se desviaron por un camino de barro que conducía a una hondonada. El viento arremetió contra la cabellera de la muchacha, pero Ofelia se había colocado una capucha mientras montaba sobre el trotón. Su cuello estaba abrigado por una bufanda y sus faldones largos eran tirados por unas manos ventosas a medida que el ruano aceleraba su trote. Cuando la caracortada se volvió atrás, apenas distinguía a los jinetes encapuchados, cuyas siluetas se deformaban bajo la bruma. De vez en cuando se sentía observada por las estrellas, que brillaban en el firmamento, rojizas como rubíes y eternas como el tiempo. La noche era fresca, tenía vida, y si lo que había dicho Mòrdekhay era cierto, entonces su estadía en el pueblo no sería como los años que vivió en el castillo.

—Pero si no lo es —pensó—, tendrás riesgos que tomar. Nunca lo olvides. Tú mejor arma está entre tus piernas, es húmeda y le llaman coño. No hay hombre que no se someta.

»Así que el Lord Carnero... —dejó escapar en la oscuridad, y luego pensó en las palabras que uno de los gamberros le había dicho en la cabaña—: debes venir con nosotros. El Lord Carnero lo ha ordenado; además le gustan los monstruos —la bastarda se tocó la cicatriz.

»Suerte. Supongo que esta noche sólo eres afortunada.

—Mira —le dijo Mòrdekhay señalando una casona que se encumbraba en un llano detrás de la bruma—. Esa es la casa del Lord, y cruzando las lomas se encuentra su torre.

Agitó las riendas, el caballo piafó, corveteó y relinchó, de modo que su trote se hizo más intenso. Ambos, sobre el lomo de la bestia, descendieron a todo galope, y tan pronto se acercaron al llano, unos criados de rostro macilento, abrieron la reja que separaba las tierras del pueblo con las del Carnero. Pasaron casi a matacaballo y, mientras galopaban con los ropajes al viento, una jauría de mastines emergió de las perreras como si fuesen guardianes poco antes de empezar a perseguirlos. Los ladridos se dilataron en la oscuridad, pero se perdieron cuando los perros quedaron rezagados.

—Si te va mal, esos animales serán un problema —pensó la bastarda, y luego se repitió que sería imposible escapar a menos que ingirieran carne envenenada.

Momentos más tarde, en cuanto el ruano se detuvo frente al porche, Mòrdekhay y Ofelia desmontaron con parsimonia. El labriego acarició el pelaje de su trotón, el cual era apenas más grande que él, y la bastarda se sintió empequeñecida ante las figuras corpulentas de ambos. Cuando los otros campesinos llegaron no le parecieron tan grandes como en la casucha. La muchacha los veía casi de igual a igual.

—No me gusta este lugar —susurró Nàjum luego de guardar las manos en los bolsillos. Càlev permaneció en silencio, esquivo. Pero Mòrdekhay los ignoró y llamó a la puerta tres veces con la aldaba.

Tras. Tras. Tras.

A los pocos minutos una cancela se abrió y apareció el rostro descamado de una mujer que bordeaba los treinta años.

—¿La tienes? —preguntó a la par que posaba los ojos en la bastarda.

—En una pieza. La Sombra del Campo no pudo cortarla.

—El Lord Carnero estará complacido —respondió la mujer de las escamas—. Ahora largo. Ya has cumplido con tu trabajo.

La puerta se abrió pero la bastarda permaneció fuera.

—Aquí nos despedimos —le dijo Mòrdekhay. Luego sacó otra mazorca de su bolsillo y la mordió—. Hasta pronto, Caracortada.

La puerta se cerró cuando la muchacha estuvo en interior del patio. No se dio cuenta cuándo ni cómo entró, sólo supo que dio el primer paso en cuanto la mujer le dijo que pasara.

—Me llamo Lilien —susurró al caminar a su lado—. Lord Sahel'tiel te espera.

—Así que ése era su nombre: Shael'tiel —de pronto lo había olvidado. La bastarda avanzó junto a la criada sin quitarle la mirada del rostro—. Tiene un semblante horrendo, lleno de costras —pensó—, monstruoso casi.

Lilien la miró de reojo.

—Sígueme, que es por aquí, muchacha.

Ambas recorrieron un pasadizo con las paredes descascaradas, en el que había estatuas de yeso sin cabezas, plantas marchitas y pinturas colgadas de paisajes sombríos que se estaban deteriorando. La casona del Carnero parecía el aposento de un hombre abandonado en un charco de tristeza y de soledad. Despedía un olor antiguo, como a guardado. Cuando la muchacha alcanzó la puerta la criada la hizo pasar.

—Ariela te espera —fue lo último que le dijo, y luego de que ingresó, la voz del Lord se alzó en la habitación.

—Acércate, cría, no seas tímida, que no soy como mis perros; yo no ladro.

Los dos se hallaban en un recinto que hedía a alcohol. En el fondo pareció que el Carnero encendió una mecha y, al punto, las llamas de los candelabros de las repisas danzaron. Si bien la bastarda no había recorrido un gran tramo, reconoció el rostro de un hombre de cabellos rojos. Eran similares a los de Mòrdekhay aunque más largos y encrespados. Parecía que Lord Shael'tiel se bañaba en sudor y que además, era un potentado de unos cuarenta años. El Carnero conservaba el rostro triste con una barba a medio crecer, y era evidente que había pasado toda la noche bebiendo. Ofelia, sin chistar, se acercó a su escribanía.

—Así que tú eres la muchacha que encontró a mi pupila en un pueblo quemado cerca del río. Soy el amo de esta casa y uno de los duunviros. —No se le veía muy convencido. Tenía la mirada de un borracho. Los ojos enrojecidos y venosos. Cuando Ofelia descendió la vista observó unos dedos arrugados, como si hace tiempo hubiesen sido quemados con fuego o aceite hirviendo. El duunviro vestía una chaqueta de cuero curtido y sus hombros estaban cubiertos con una frazada de piel de marta. Sobre el pupitre descansaba un pergamino con el sello lacrado de su casa: el cráneo del carnero—. No tengas miedo de mi. Gracias a ti, mi niña ha sido sepultada. De lo contrario las hienas estarían mordiendo sus huesos. ¿Cómo fue que la encontraste?

La caracortada se lo contó. Toda la historia del pueblo quemado y de los cadáveres junto al pozo salió de su boca como escupitajos; y en cuanto terminó vio que el labriego se secaba las lágrimas casi con disimulo. Ariela Schel'tiel arrimó el papiro que descansaba junto a la salvadera y el tintero como si le apestará, mientras que su rostro maduro era iluminado por las llamas de las velas.

—Siento que mis hombres te han tratado mal —la inspeccionó con la mirada—. ¿O me equivoco? Si ha sido así tendrás que decírmelo. Les ordené que no te pusieran ni un dedo encima.

—Ni siquiera me tocaron, mi Lord.

Ariela se levantó de su asiento. Era casi tan alto y grueso como Mòrdekhay, y, al verlo de cerca, hasta parecía mucho mayor. El duunviro observó con ojo crítico el rostro de la bastarda. Su cicatriz, sus ojos cetrinos, su palidez fantasmal. La muchacha pensó que probablemente no había visto nunca a una labriega como ella. En Lilièt Cànnen abundaba la gente con los cabellos rojizos como el fuego, como la sangre o de color vinoso o bermejo, pero las mujeres de cabellos negros e iris amarillentas escaseaban. Ella era una de las pocas que moraban en el oeste, y quizá la única en los Campos Pelosos.

—Si quieres vengarte de los perros que te marcaron, si quieres matarlos o cortarles la polla, no voy a serte de ayuda —susurró el duunviro antes de sentarse—. No somos criminales ni carniceros al paso, aunque a veces hemos dejado que corra sangre. Quien quiere vivir en el campo debe ganarse sus propios garbanzos. Tiene que trabajar. No somos un señorío de niños mimados como la casa de los imperiales. Los gremios de agricultores sudamos el culo.

—Grandioso. Desea tenerte como su esclava. Quiere romperte el culo y que te partas el lomo trabajando —pensó la muchacha al observar la sonrisa del Lord. Unos dientes torcidos despuntaban entre mellas oscuras. Estaban cubiertos de sarro.

—Dime qué es lo que sabes hacer, bastarda.

—Fregar platos. Lavar ollas. Puedo aprender a labrar el trigo —respondió casi en silencio, aunque manteniendo una mirada firme y decidida—. Si queréis que mate en vuestro nombre, me tendréis que dejar ir, porque no me ensucio las manos con sangre de otros.

»Si queréis que os caliente la cama, tendréis que entrenarme.

Lo último no le pesó.

Ofelia Caracortada necesitaba quedarse, pero no pensaba arriesgar el pellejo con tareas que no conocía. Para matar había que saber enfrentar el miedo, domar los nervios y manejar las cuchillas. En cambio dejarse penetrar por el Carnero le parecía más fácil. Recostarse sobre un catre en cuatro patas, cerrar los ojos y recibir las embestidas no era nada nuevo en su vida. Con suerte no poseería un miembro tan grueso.

—Supongo que tienes manos de criada —le dijo el duunviro estudiando su cuerpo con sus ojos enrojecidos. La bastarda, al punto, le mostró las palmas, pero Lord Sahel'tiel le hizo un gesto para que las retirara de su vista—. No te esfuerces, cría, que acá tendrás mucho para pulir, fregar y limpiar. Por ahora sólo busca a Lilien y entrégale el documento que está sobre el escritorio. Ella sabrá darle uso.

—Como ordenéis, mi Lord.

—Una cosa más —añadió el duunviro luego de que la muchacha hiciera una inclinación con la cabeza—. Esas mujeres de negro ya no podrán tocarte. Ahora te encuentras bajo mi protección.

Los ojos de Ofelia, casi por impulso, se abrieron como platos. La muchacha no se lo había esperado.

—Mierda. Tal vez Mòrdekhay no mentía —meditó.

—Toma el pergamino, niñata —insistió Ariela sin dejar de observar el delgado cuerpo de la bastarda—, y haz lo que te he ordenado. Cuando regreses quiero que me sirvas vino. Lilien te indicará dónde se encuentra la cava.

Ofelia tomó el documento y su cuerpo se estremeció. Entonces supo que el Lord Carnero la continuaba observando desde la escribanía, con una mirada de vidrio, pasándose la lengua entre las mellas de su sonrisa.



El trato con Supay

Por: Marcia Morales





Supay estaba molesto, todos lo confundían con un tal «Satanás». Desde que llegó por estas tierras esa cosa llamada cristianismo, todos los pobladores lo miraban mal, ya no hacían tratos con él, ya no le ofrecían nada, ni siquiera querían mencionarlo. Esto lo tenía triste y cabizbajo. Ya ni siquiera le apetecía gastar bromas como en aquellos tiempos de antaño. ¡Ya nada era igual! Mientras caminaba, inmerso en estos pensamientos, se topó con un niño que lloraba desconsoladamente.

—¿Por qué lloras *wawa*? —le preguntó.

—Mi madre murió cuando me dio a luz, mi padre volvió a casarse hace dos años atrás. Mi madrastra dice que mi madre murió por mi culpa, ella siempre me está gritando y golpeando, dice que es lo que merezco por ser un niño malo y asesino. Me gustaría ir hasta dónde está mi madre y pedirle perdón, yo nunca quise matarla.

Supay sintió compasión por el niño, además quedó sorprendido ya que no se asustaba con su presencia, por el contrario le hablaba con mucha familiaridad, eso le agradó, Supay ya había olvidado cuando fue la última vez que cruzó palabras con un ser humano, fue hace tanto tiempo, creo que habían pasado cinco siglos ya.

Sin pensarlo mucho decidió ayudarlo, al fin y al cabo estaba de camino al *Uku Pacha*, y siempre es mejor andar acompañado que ir solo y mucho mejor si es un humano, ya que estos son tan ingenuos, siempre creen en todo lo que uno les dice, es tan fácil engañarlos, es tan divertido.

—Yo te llevaré con tu madre.

Las lágrimas pararon de fluir y el niño rápidamente se abalanzó sobre Supay para darle un efusivo abrazo de agradecimiento, luego como si se hubiera dado cuenta de algo que no encajaba, preguntó:

—Pero, ¿cómo lo hará señor? No olvide que mi madre está muerta, no olvide que yo la asesiné.

—Los espíritus de las personas que mueren van a un lugar llamado *Uku Pacha*, yo vengo de allá y allá te puedo llevar, pero no puedes conocer el camino, así que debo vendar tus ojos, y solo podrás hablar con tu madre un par de horas, además al momento de abandonar el *Uku Pacha*, deberá ser por voluntad propia, debes prometerme eso.

El niño miró dubitativo a Supay, pero al fin aceptó con una sonrisa en los labios, aún húmedos por las lágrimas. Además sumó a su promesa que cada fin de mes le ofrecería los frutos más ricos que produjera su árbol de melocotones.

Al oír esto, Supay derramó lágrimas de felicidad, con estas palabras renacía el pasado glorioso que conoció.

Se dice que si un humano logra hacer llorar a un supaya, lo cual es muy difícil, estas lágrimas vertidas por el ser, pueden ser trocadas por un deseo.

Supay condujo al niño, vendado, hasta el *Uku Pacha*, ya ahí buscaron a la madre de este y el reencuentro se dio, el niño entre lágrimas pidió perdón a su madre, quien le explicó que él nada tenía que ver con su muerte. Hablaron de diversas cosas, pero el tiempo vuela cuando más lo disfrutas y un par de horas se pasaron en un abrir y cerrar de ojos.

El niño fue informado que ya debía volver al *Kay Pacha*, o mundo terrenal, pero éste se negaba a separarse de la madre de la que nunca pudo disfrutar. ¿Para qué regresar a un mundo en el que solo le esperaban penurias? El niño olvidaba su promesa de regresar por propia voluntad, si no era así nadie podría sacarlo; esto ocasionaría inestabilidad entre los mundos y Supay sería fuertemente castigado.

Por otro lado, recordemos que este niño había hecho renacer la posibilidad de hacer tratos entre los humanos y los supayas, así que a Supay no le convenía que el niño se quedara



en el *Uku Pacha*, por lo cual tuvo que revelarles que tenía derecho a un deseo, por haberle arrancado unas lágrimas.

El niño deseó que su madre reviviera, pero como ya lo mencionamos eso no era posible porque causaría un desequilibrio entre ambos mundos, lo que sí estaba permitido era el intercambio de un alma por otra. Supay era consciente que a pesar que la madrastra del niño lo maltrataba, éste debido a su inocente y buen corazón no accedería a intercambiar el alma de su madre por la de su madrastra. Así que haciendo gala de su espíritu burlón y engañoso, inventó lo siguiente:

—Un día le escuche decir a tu madrastra que le gustaría mucho saber cómo era el *Uku Pacha*, que era uno de sus más fervientes deseos, yo creo que tu podrías cumplirle su deseo a pesar que ella ha sido mala contigo, tú podrías intercambiar el alma de tu madre por el de tu madrastra y darle el grato regalo de conocer lo que anhela. Además así ya no habría problema en que regreses al mundo terrenal y cada fin de mes me ofrendes esos frutos que me prometiste.

El niño muy emocionado por tener de regreso a su madre en el *Kay Pacha* y a la vez cumplir el que creía el anhelo más deseado de su madrastra, aceptó.

Así fue como se reanudaron los tratos entre supayas y humanos. El niño cumplió su promesa de entregar los mejores frutos de su melocotonero.

Y pues la madrastra nunca entendió que es lo que pasó...

La naturaleza de los supayas no era ser ni buenos ni malos en extremo, ellos hacían tratos con los seres humanos y podían o bien favorecerlos o bien perjudicarlos. Dependiendo del estado de ánimo de los supayas podían ser bondadosos y hacer favores o hacer bromas malélicas.

Como eran “geniecillos” o “duendes” ligados al Uku Pacha o mundo de los muertos, cuando llegaron los españoles lo equipararon al demonio, volviéndolo un ser malélico y temido al extremo, tanto así que los pobladores de los andes temían hasta mencionarlo y no volvieron a hacer tratos con ellos.



Los navegantes del mar de Dirac

Por: César López Eireos





TUF

Algarabía. Era extraño que hubiera algarabía en el Aspidoquelonte y Tuf lo encontraba excitante.

Trepó por los pasillos y llegó hasta la zona de reuniones del consejo, donde el capitán del Aspidoquelonte y todo su consejo habían comenzado una reunión de urgencia.

—Iba siendo hora que aparecieras, Tuf —reclamó el capitán—. Esta reunión parece en grado sumo importante.

Tuf ocupó su puesto, recostándose sobre un almohadón de la segunda fila. Nadie sabía qué era lo que sucedía fuera del círculo interior del Consejo, formado por el capitán, el guardián de la fe y los directores de los diferentes servicios. Tuf era comandante de la división de operaciones fuera de la nave, así que no tenía acceso a la información pero los rumores que se filtraban eran muy positivos.

—Durante siglos el Aspidoquelonte ha recorrido el universo desde un origen desconocido... —comenzó el director del servicio de Astronomía.

—¡No hubo un origen! —restalló el guardián de la fe—. La nave ha existido siempre, aquí fue creada la humanidad. No hay otros seres humanos.

Tuf no sabía cuántas veces había escuchado aquello. La fe afirmaba que la nave era todo y el universo su erial. La ambición de este guardián de la fe era muy marcada, cada vez intentaba influir más en la política del Aspidoquelonte.

—Dejando esto a un lado —intervino el capitán—, hemos localizado una zona de alta concentración de cometas. De hecho, es la zona de mayor concentración de cometas jamás localizada.

Tuf comprendió, el Aspidoquelonte había recorrido el vacío desde antes de que naciera cualquiera que conociera. Si había partido desde algún sitio, nadie lo recordaba y la fe afirmaba que la nave había existido siempre. En el vacío, encontrar cometas era la mayor fuente de nuevos recursos.

—¿Cuántos cometas hay en esa zona? —intervino—. ¿Diez, veinte?

—En torno a 100 000 dijo el director de Astronomía.

Tuf contuvo la respiración, estaba seguro de que nunca habían encontrado un lugar así en todo el universo. ¿Sería el destino de su viaje?

Diez horas después todo el mundo lo sabía.

Ochenta horas después Tuf y su grupo estaban preparados para lanzar sus unidades desde el puerto de estribor de la nave en dirección a un cometa especialmente grande. Una misión de reconocimiento y recogida.

Las unidades operativas eran de última generación, las llamaban *chelis* y recordaban la forma humana a gran escala. Tenían un propulsor en la espalda, que les permitía volar por el espacio, y armas, aunque aquellas armas solo las habían utilizado en los entrenamientos.

Ocho *chelis* abandonaron la nave y volaron cientos de kilómetros hasta el cometa. Todos se posaron de forma satisfactoria y comenzaron a taladrar la superficie. Al cabo de varias horas, tenían media tonelada de hielo para ser analizada en el Aspidoquelonte pero Tuf prefirió quedarse, un tiempo, ojeando aquella memorable vista. Jamás había visto tantos cometas juntos, no había sido siquiera capaz de imaginarlo.

Después de dormir, Tuf se dirigió al departamento de Astronomía para preguntar sobre la naturaleza de aquel hielo.

—Este hielo es muy extraño —le comentó el director de Astronomía—. Nunca habíamos encontrado un hielo con una concentración tan alta de iones pesados, metales o elementos no metálicos.

—¿Nunca? —replicó Tuf asombrado.

—Yo no he visto nunca nada similar —reconoció el director—. Y he revisado los archivos que disponemos de mis dos predecesores inmediatos sin encontrar un solo ejemplo comparable.

—¿Crees que es bueno o malo? —preguntó Tuf.

—No puedo valorar ahora semejante evento —dijo el director—, pero con la afluencia de tantos recursos quizá permitan el nacimiento de más niños.

Tuf sintió un estremecimiento. Si aquello era cierto quizá podría tener el hijo que tanto había deseado con Tye.

Ese estremecimiento recorrió sus entrañas durante las dos siguientes expediciones de recolección. Aquellos cometas no solo eran más ricos y numerosos: eran enormes. Parecía que el Aspidoquelonte había llegado a su destino, un lugar donde podrían vivir en paz.

Expedición tras expedición, los grupos de exploradores traían más y más recursos al Aspidoquelonte.

En la quinta de ellas, el grupo de Tuf fue proveído de más suministros y energía con el objetivo de que pudieran explorar a mayor distancia de la nave nodriza. Adentrarse en la nube de cometas fue excitante pero no percibían nada nuevo, una interminable sucesión de cometas ricos en materia prima.

Tuf y sus siete acompañantes recorrían la zona escarpada de uno de los cometas cuando detectaron algo que parecía moverse. Tuf hizo que sus pilotos se ocultaran tras un escarpe y conectó los sensores pasivos de largo alcance.

Con ellos detectó lo que parecían otras unidades operativas, pero no se parecía a los *chelis*: eran mucho más grandes u tenían unas proporciones diferentes. Además, no llegaban de ellas las debidas señales indicadoras y sus superiores no le habrían ocultado la existencia de otra operación. Pero se movía igual que los *chelis* y también horadaban los cometas para conseguir hielo.

Contemplándolos, Tuf trataba de comprender qué eran. Estaba seguro de que eran unidades operativas de vacío, pero no podían proceder del Aspidoquelonte y no conocía ningún otro lugar de donde pudieran proceder.

—¿Qué son esas cosas, señor? —preguntó uno de los pilotos.

Tuf se sintió rodeado de su propio silencio, no tenía respuesta a la pregunta pero debía de mantener la solidez frente a sus hombres.

—Es posible que sean unidades operativas de otra nave —dijo un tercer piloto.

—Eso es posible —comprendió Tuf mentalmente. Jamás había oído hablar de otra nave, ni de otra gente aparte de la que habitaba el Aspidoquelonte, pero tampoco veía ningún motivo para que no las hubiera.

—¡Eso es imposible! —gritó el primer piloto—. ¡Es más! ¡Es blasfemo! La fe lo deja claro: el Aspidoquelonte es la única nave, el único refugio. ¡Ha existido por siempre!

—Entonces —dijo Tuf—. ¿Qué crees que estamos viendo?

Estaba convencido de que con esa pregunta conseguiría enfriar los ánimos.

—¡Demonios! —gritó el piloto—. La fe también habla de ellos: son seres malignos enemigos de los humanos, tienden a ocultar sus oscuras intenciones tras disfraces y seducciones.

Entonces el indicador de la unidad de Tuf señaló que tres de los *chelis* superaban la zona escarpada en dirección a las unidades extrañas.

—¡Esperad! —ordenó Tuf sin respuesta—. ¡Esperad! —ante la falta de respuesta reclamó—. Vamos tras ellos.

Dirigió su *chelis* sobre el cometa hasta que hubo superado los escarpes. Conectó sus sensores pasivos, pero los visores le dijeron lo que necesitaba: los tres *chelis* estaban utilizando sus armas contra las unidades extrañas.

—¡Señor! —reclamó uno de los pilotos—. ¿Qué hacemos?

—Será mejor que derribemos a todas esas unidades —dijo Tuf—. Y que capturemos alguna para llevarla al Aspidoquelonte, los científicos querrán estudiarlos. Quizá así descubrirían de donde habían salido.

TOOMI

—Bienvenida —pensó Toomi—. Bienvenida al culo del universo.

Quizá Toomi estaba siendo demasiado negativa, después de todo había trabajado bastante para conseguir llegar hasta ahí, pero «ahí» era la nube de cometas del sistema Antares. Y en las nubes de cometas la actividad fundamental es la minería. Seis años en la academia estelar de la Unión de Antares para acabar pilotando en una mina.

Por lo menos era un lugar relativamente desarrollado que se había integrado en la Unión de Antares, si es que alguien podía integrarse en una organización con tantas tensiones internas como la UA. Era un pequeño consuelo que darse a una misma mientras su historial era revisado por el representante de la flota de la UA en aquella zona.

—Tiene usted un historial excelente —dijo el representante.

—Gracias —replicó Toomi.

—No la ilusiona este destino.

—Solicité entrar en exploración estelar —reconoció Toomi—, pero creía que entraría en la división de exploración de los planetas gaseosos y sus lunas.

—Y en lugar de eso la mandan a este lugar en la periferia del sistema —prosiguió el comandante—. Es comprensible que esté desilusionada, pero ya verá que no ha salido tan mal parada. Este lugar es inhóspito y ello favorece la innovación y el talento.

No sonaba tan alentador.

—Fue en la nube de cometas donde conseguí la promoción para tomar parte en los viajes interestelares.

Aquello era algo que Toomi no se esperaba.

—Aun no sé cómo llamarle —dijo.

—Me llamo Arle —dijo el comandante—, soy el representante legal de la UA en la nube de cometas.

Toomi había oído hablar de un comandante estelar llamado Arle, decían que era el número uno pero que no se entendía con los altos cargos. Toomi se preguntó si aquel puesto era un premio o un castigo.

—Escuche —dijo Arle—, sé que estar aquí no es necesariamente un sueño para una piloto joven y con talento como usted pero la nube de cometas es un lugar en alza. Los planetas del sistema Antares están encantados de importar los recursos de los cometas y comercian por ellos con los colonizadores. Hay un cierto flujo de inmigrantes y llegan recursos. Todo eso implica desarrollo.

—¿Por eso está usted aquí? —dijo Toomi.

—Por eso mismo —reconoció Arle—, en calidad de representante de la Unión de Antares puedo supervisar que este desarrollo sea sostenible y ayude a la integración del pueblo exterior en la Unión de Antares.

—Es usted todo un idealista —dijo Toomi sin sorna.

—Y por todo eso he solicitado a la UA el envío de pilotos capaces —prosiguió Arle—. Son necesarios para operaciones de exploración, rescate y seguridad.

—¿Seguridad?

Arle se levantó e indicó a Toomi que lo siguiera, la guió por una serie de pasadizos a lo largo de la estación espacial. Una ingeniería interesante a ojos de Toomi, de algún modo parecía que todo tenía un motivo. Llegaron hasta otra sala donde había un hombre de aspecto enjuto.

—Este es Kennet —dijo Alre—. Representa a los gremios mineros de la periferia. Kenneth, ella es uno de los pilotos de élite que nos ha enviado la UA.

—Me alegro de que los hayan enviado —dijo Kenneth—, les necesitamos. Estamos sufriendo ataques de origen desconocido que están costando muchas vidas.

—¿De qué están hablando? —dijo Toomi—. ¿Piratas? ¿Una flota de otro sistema?

—No lo creo —intervino Arle—. Los piratas atacan los cargueros o almacenes para robar la mercancía. Estos tipos atacan a las partidas de prospección, masacran a todo el mundo y destruyen el equipo, pero no roban. Y dudo mucho que se trate de un ataque de otro



SPX
GERARDO
ESPINOZA

sistema ya que no tenemos malas relaciones con ninguno y una violencia como esta no parece muy estratégica.

—¿Cuál es su opinión, señor? —Toomi se dirigió a Arle.

—Estoy desconcertado —reconoció Arle—. Al principio pensaba que podría tratarse de una forma de terrorismo o de algún grupo psicótico... pero lo hemos investigado lo mejor que hemos podido. Hemos echado el guante a algún contrabandista e interrogado a individuos coloristas... nada. También hemos intentado predecir sus ataques pero sin éxito. Toomi bufó. Aquello sonaba demasiado surrealista para ser verdad.

—¿Y han pedido que les envíen pilotos de élite para defenderse? —preguntó.

—Eso —dijo Arle—, y que sean jóvenes.

—No me jodas... —pensó Toomi.

—¿Con tanto desarrollo tienen que pedir sangre nueva? —bufó enojada.

Arle estalló en una carcajada.

—¡Tú aportas muy buena sangre! —dijo.

Toomi infló mofletes y giró la mirada. —¡Estoy en el puto culo del universo! —pensó.

La entrevista concluyó ahí. Toomi no se sentía satisfecha con el comienzo de su etapa en la nube de cometas, aunque, al cabo de unos días, su opinión comenzó al mejorar conforme participaba en misiones de exploración y descubría lo avanzada, tecnológicamente, que estaba la nube.

Además, como en cualquier lugar en desarrollo, había bastante innovación y movimiento. Los pilotos de unidades mineras no eran malos pero ni de lejos tan buenos como los de la academia de la UA. No le gustaría quedarse siempre ahí, pero para progresar no estaba tan mal.

Pese a todo, los ataques se seguían produciendo de forma devastadora y aparentemente aleatoria. En una ocasión, Toomi llegó junto a ocho pilotos hasta un equipo de extracción que había conseguido mandar un SOS, pero solo encontraron equipo y unidades destrozadas y cadáveres.

A través de su unidad operativa de tipo *karaki* modelo 6, Toomi analizó el escenario todo lo bien que pudo. Los habían atacado desde varios ángulos con armamento potente pero no demasiado sofisticado. Tal y cómo había dicho Arle, no habían robado el mineral.

—Esto no tiene sentido —pensó revisando la escena—. Estos mineros habían extraído una fortuna en deuterio, carbono y litio de este cometa, pero quien quiera que los haya masacrado ha dejado ese botín atrás. A menos...

Fue como pinchazo en su subconsciente.

—Unidad 3 conmigo —dijo—. Resto de unidades en formación defensiva.

El *karaki* de Toomi despegó de la superficie del cometa y describió varias estelas por los escarpes del cometa hasta que localizaron un enorme boquete en su otra cara.

Se posaron a una distancia prudencial y se acercaron.

—¿Otra prospección? —dijo el otro piloto.

—Alguien está explotando los recursos del cometa, pero eso no explica porque abandonaron los recursos recogidos por nuestros mineros —dijo Toomi.

Reflexionó sobre ello durante el regreso a la estación espacial más cercana: —Alguien con armas desconocidas está masacrando a los mineros de la nube de cometas. Ese «alguien», presumiblemente, también se dedica a realizar prospecciones en los cometas de la nube pero, al masacrar a los mineros, no roban los recursos. Es contradictorio, no tiene... ¿lógica?

Fue como otro pinchazo. Conectó la representación del espacio de la nube de cometas y representó en 3D todos los ataques producidos. Se producían de forma aleatoria, pero Toomi por fin encontró un denominador común: se producían en una zona determinada, una zona en forma de semicírculo.

—¿Es posible? ¿No son piratas sino un grupo que está defendiendo su territorio? — meditó al respecto.

No sabía si aquello era posible, pero no veía una explicación mejor. A saber qué opinaría Arle de su hipótesis.

TUF

—Esto no está bien —suspiró Tuf—. Lo que estamos haciendo no está bien.

—¿Te refieres a nosotros? —inquirió Tye.

Tuf se revolvió.

—No —dijo—. ¡No! Yo... todo lo que hago intento hacerlo por nosotros...

Tye se giró, recostándose sobre el colchón. Estaban en la cabina de Tuf, acababan de hacer el amor y seguían completamente desnudos. Aunque la mayor parte de los tripulantes del Aspidoquelonte habían adoptado la reproducción asistida, había una minoría que se aferraba a la reproducción biológica. Ahora que tenían autorización para procrear, habían decidido tener a su bebe de forma biológica.

Aquella era la motivación de Tuf para seguir con aquello, era lo que él deseaba.

—¿Todavía te remuerde la conciencia, Tuf? —preguntó Tye.

Tuf se encogió de hombros.

—Ni siquiera sabemos que son esas criaturas —dijo en todo compungido—. Sabemos que parecen seres humanos, sabemos que tienen una tecnología equivalente a la nuestra... no sabemos nada más, pero cada vez que encontramos alguno lo matamos.

—Tuf, corazón mío —dijo Tye cogiéndolo del brazo—, sé lo que sientes. Fui yo la que analicé los cuerpos que trajisteis al Aspidoquelonte. Sabes lo difícil que fue.

Sí, Tye no había omitido un detalle. Eran similares a los humanos pero tenían unas extremidades posteriores demasiado largas y eran demasiado peludos. Nadie sabía cómo pensaban porque no tenían ningún ejemplar vivo.

Había sido suficiente para el guardián de la fe, que había comenzado una especie de campaña contra aquellos seres. Los definía como demonios, como «frutos del diablo engendrados como una parodia blasfema de la humanidad».

Los directores de Astronomía y Medicina habían afirmado que no sabía que eran aquellas cosas. Aquello solo agudizó el peso social de las palabras del guardián de la fe. Todo aquello causaba problemas a la autoridad del capitán, que llevaba muchos ciclos enfrentando sus ambiciones.

Con la mayor parte de la tripulación del Aspidoquelonte enervada por las palabras del guardián de la fe, el capitán había convocado una reunión secreta con los directores de Astronomía, Medicina y Mecánica. Tuf y varios exploradores también estaban presentes. Todos sabían porque los había convocado: todos eran hostiles o recelosos de la fe.

—Todos sabéis porqué nos hemos reunido aquí —había comenzado el capitán—. Dentro de este paraíso de recursos hemos encontrado criaturas que parecen inteligentes a las que la fe considera aberraciones y reclama atacar. Esta reclamación ha prendido fuerte en la sociedad del Aspidoquelonte. Mucha gente parece atraída por la llama de la guerra —aquellas palabras habían sido dolorosas—. Así que busco vuestro consejo —había concluido el capitán.

Ahí había comenzado una discusión bronca y un tanto torpe, entre hombres y mujeres que no veían la forma de impedir las masacres pero temían la ira de la fe.

—Solo nos queda una cosa —dijo el capitán—. Vamos a emprender un proceso de defensa de nuestro espacio. Defenderemos un cierto radio de operaciones de esas criaturas y quizá en el futuro consigamos razonar con ellas.

—Humillando a la fe —comprendió Tuf. El capitán había convencido a la cúpula de la nave para aprobar aquella idea y Tuf y sus pilotos pasaron, de ser exploradores y mineros,

a asesinos. Asesinos a los que se incorporó toda una legión de fanáticos de la fe. Los pilotos de Tuf seguían siendo mayoría, pero aquellos fanáticos le inquietaban.

Como compensación, su hogar volvía a ser rico en recursos y la gente a tener raciones generosas. Los jefes de Mecánica y Medicina tenían planes para añadir más secciones a la nave y para mejorar los sistemas de reciclaje. Quizá incluso podrían incrementar la población.

En esa tesitura, Tye y él habían recibido finalmente la autorización para tener un bebé. Incluso les habían sugerido que podrían tener un segundo hijo con el tiempo.

Al principio se habían entregado al amor y a la esperanza, pero el horror de lo que hacían no desaparecía.

TOOMI

—Si alguien me hubiese dicho que Arle iba a reaccionar así a mi teoría, le habría llamado idiota —pensaba Toomi.

Había presentado al representante de la UA su elucubración de que los ataques no tenían un componente pirático ni invasivo sino que se trataba de un gran grupo no identificado que se había establecido en una zona de la nube de cometas, matando a todos los que se internaban en lo que consideraban su espacio.

Recordaba bien como había expuesto sus suposiciones a Arle, los otros pilotos de élite y Kenneth, el representante de los mineros. Para su sorpresa, Arle aceptó la tesis diciendo que no tenían nada mejor.

Unas horas después, Arle había reunido a un extraño cónclave al que mostró un gráfico en tres dimensiones de los lugares de los ataques. Para espanto de Toomi, el gráfico reforzaba su afirmación.

—La pregunta es lo que vamos a hacer —dijo Kenneth—. Sean quienes sean esos tipos, están masacrando a mi gente.

—Asumiendo que Toomi está en lo cierto —replicó Arle—, hay dos cosas que podemos hacer.

—Que son... —insistió Kenneth.

Toomi no sabía si se trataba de un burócrata o de un hombre de bien, pero comprendía su postura.

—Los mineros deberán de evitar el espacio donde se han producido los ataques —dijo Alre—, si hemos estimado correctamente su volumen eso pondría fin a los ataques. Por otro lado, las fuerzas de la Unión de Antares se adentrarán en ese espacio para plantar cara a quien quiera que sean esos tipos hostiles.

La reunión había concluido ahí, Arle había descrito su plan para la expedición: utilizar un transporte de tropas acorazado para transportar una cantidad de *karakis* aceptable, durante un tiempo, en aquel volumen.

—Si Toomi está en lo cierto —había concluido Arle—, esos tipos atacarán a cualquiera que entre en sus dominios. Una nave relativamente grande será una provocación para ellos, pero si esa nave está bien equipada tendrán un problema.

Para sorpresa de todos, Arle se ofreció a comandar la expedición utilizando una sofisticada nave restaurada de uno de los muchos conflictos internos de la UA. Estaba bien armada y acorazada, tenía espacio suficiente para tres escuadrones de *karakis* y podía alcanzar una autonomía de tres semanas.

En esa nave se adentraron en el espacio de aquellos misteriosos agresores. Al principio todo era excitación, pero el paso de los días fue atemperando los ánimos hasta el punto que la principal actividad de Toomi era analizar las lecturas, los vuelos de guardia y jugar al ajedrez con otros pilotos, especialmente con otro piloto muy seguro de sí mismo y un tanto vulgar llamado Ayato.

Estaban en medio de una de aquellas partidas cuando estalló la alarma.

—¿Nos atacan? —reacción Ayato.

—Una pena —dijo Toomi—. Guardemos la partida para retomarla donde la dejamos.

No se sentía tan segura como quería hacer ver, no sabía a qué se iban a enfrentar ni de qué eran capaces sus oponentes. Solo que eran despiadados, de eso estaban seguros.

TUF

—¿Qué demonios es eso? —habían dicho los exploradores.

Esta vez Tuf tenía una respuesta oscura a ello.

—Eso es una nave de esas criaturas —dijo por el comunicador—. Obviamente es una nave más potente que cualquiera que nos hayamos encontrado.

—¡Debemos atacar! —rugió uno de los hombres de la fe.

—¡No! —restalló Tuf.

—¿Cómo? —restalló el hombre de la fe.

—Nuestra partida cuenta solamente con once *chelis* y esa nave supera ampliamente la capacidad de todas nuestras unidades juntas —lo cortó Tuf—. No podríamos destruirla y seguramente perderíamos a muchos de los nuestros o a todos.

Los hombres de la fe cada vez le daban más problemas a los exploradores comandados por Tuf, pero él tenía que mantener la compostura como fuera.

—¿En ese caso que hacemos? —dijo otro de los exploradores—. Estoy de acuerdo en que atacar ahora sería un error, pero no podemos dejar que esa cosa vuele a sus anchas tan cerca del Aspidoquelonte.

—Eso es cierto —reconoció Tuf—. Así que dos exploradores seguirán la nave para predecir su trayectoria. Cuando lo sepamos, reuniremos a los hombres de la fe y a nuestros exploradores y atacaremos.

Solo era una improvisación, pero pareció satisfacer a todo el mundo y corrió como una gran noticia hasta el Aspidoquelonte. Hasta el punto que llegaron más de setenta *chelis* de nueva fabricación pilotadas por hombres de la fe.

—¿Cómo voy a controlar a todos estos locos? —pensó Tuf al ver que sus exploradores estaban en inferioridad numérica.

Por lo menos las predicciones eran acertadas: la gran nave de los «extraños» (como él y Tye los llamaban) se acercaba a un pequeño cometa donde se habían apostado las *chelis*.

Poco más de ochenta *chelis* contra una nave, Tuf creía que iban a destruirla. Había una palabra antigua para definir una gran concentración de guerreros: «ejército». Ni los más viejos en el Aspidoquelonte habían visto nada parecido a un ejército y en los archivos solo quedaban referencias vagas.

Tuf era el primero en comandar un ejército en eones y una de las escasas referencias a ellos era que requerían un gobierno sabio. —Ojalá pueda dar a este ejército esa sabiduría —pero sabía que no tenía ningún sitio de dónde sacarla.

—Señor —dijo uno de sus exploradores—, la nave enemiga se acerca y los hombres de la fe están frenéticos.

Antes de que Tuf articulase una respuesta, vio que los hombres de la fe despegaban hacia la nave de los extraños.

—No nos queda otra —reconoció Tuf— debemos unirnos a la batalla.

Y despegó.

TOOMI

Acomodada en la cabina de su *karaki*, Toomi vio la imagen de las unidades de los atacantes. Nunca había visto aquel diseño en unidades operativas de vacío, tenían las proporciones de un bebé y eran especialmente brillantes con sus cohetes propulsores.

—¿Alguna vez ha visto algo así? —preguntó por el comunicador.

—No —reconoció Arle desde la cabina—. Son máquinas realmente interesantes.

—Lo que me llama la atención es su formación de ataque —intervino Ayato—. No tiene lógica.

Era cierto. Atacaban de forma desorganizada y en formación convulsa.

—Quizá estés buscando algo donde no lo hay —dijo Toomi—. No sabemos nada de ellos, no supongas nada.

—Eso es correcto —dijo Arle por su comunicador—. Vamos a realizar una salva de advertencia, luego lanzaremos dos torpedos de ignición contra uno de los cometas. Después de eso lanzaremos los *karaki*. El escuadrón de Toomi en el eje Y y el de Ayato en el eje Z.

—¡Enterado! —replicó Ayato.

—¡Enterado! —asintió Toomi.

Cinco minutos después, Toomi volaba por el espacio en su *karaki* apoyada por una docena de compañeros, a sabiendas de que Ayato hacía lo propio. Así vio como la salva de advertencia no detenía el ataque.

A continuación vio el impacto de los torpedos contra un pequeño cometa. Era elemental: no tenía sentido disparar armas tan grandes y potentes contra blancos tan pequeños, pero un cometa pequeño era un blanco sencillo y su explosión lanzaría toneladas de escombros sobre sus atacantes.

—Han derribado más de la mitad —dijo Ayato—. Ya sabéis, formación envolvente.

Los soldados de Ayato atacaron, pero fueron los *karaki* del equipo de Toomi los primeros en entablar combate. Sus unidades tenían armas de proyectiles y blancas, especialmente grandes estiletes. Aunque las armas de sus oponentes eran similares, no estaban tan desarrolladas.

Toomi encaró a su primer adversario y atravesó su meka con un gran estilete. El siguiente fue abatido por otro *karaki*. Los chicos de Ayato golpearon en la zona superior de la formación enemiga con bastante éxito. A continuación, Toomi seccionó el cohete impulsor de otro de los enemigos y le dio un golpe para dejarlo flotando en el espacio.

Pero, inmediatamente, Toomi detectó que uno de sus compañeros había sido derribado por un enemigo, con una unidad especialmente grande. Conectó sus impulsores para intentar repetir el golpe al cohete dorsal pero el otro la esquivó girando sobre sí mismo y, a continuación, intentó embestirla utilizando el propio cohete, pero ella fue capaz esquivarlo. Recuperando posición a una distancia prudencial, el adversario de Toomi lanzó contra su *karaki* una salva de proyectiles pero los escudos y blindaje de ella resistieron. Toomi replicó con una ráfaga breve que su oponente consiguió esquivar.

—Es bueno —reconoció ella y se dirigió contra su nuevo adversario, que replicó lanzándose contra ella. Cuando estaba a una distancia limitada, Toomi realizó un requiebro sobre ella misma y trató de golpear con el estilete sin éxito. Apretó los dientes y lanzó una ráfaga de proyectiles. Recibió otra salva de su oponente pero su blindaje volvió a hacer su trabajo. Cuando recuperó la imagen de su oponente, estaba dañado en su parte inferior.

Toomi se dirigió hacia él pero a una velocidad moderada, temía que necesitaría tiempo y espacio de recuperación. Su oponente se retiró lentamente, Toomi aceleró. Sintió que los segundos se estiraban mientras ella y su *karaki* se tensaban.

Cuando sintió que estaba a una distancia prudencial, giró sobre sí misma y, la extremidad de su unidad armada con el estilete, golpeó en el lado contrario de su enemigo. Una extremidad de la unidad de su oponente salió volando por el espacio, pero no había alcanzado el cuerpo central.

—¡Mierda! —Toomi comprendió que estaba a tiro y efectivamente recibió una salva de proyectiles de los que tuvo que protegerse adoptando una postura fetal. Esto la llevó a ser despedida hacia atrás dando vueltas de campana. Luchó con los mandos para recuperar el control y tuvo que dar un giro muy abierto para volver a dirigir su trayectoria a la nave nodriza.

Instintivamente conectó los sensores de largo alcance para divisar la batalla, para su sorpresa contempló que los enemigos se retiraban en desorden salvo un pequeño grupo que seguía a una unidad sin un brazo.

—Parece que me he enfrentado a alguien de cierto rango —pensó.

Su siguiente acción fue hacer un diagnóstico de su propia unidad. Según los gráficos de autodiagnóstico del *karaki*, el brazo derecho estaba severamente dañado y buena parte del blindaje había sufrido desgaste, pero en conjunto había salido relativamente bien parada.

Puso rumbo a la nave nodriza abriendo un dial de comunicación. La respuesta no se hizo esperar, pero tuvo que aterrizar con una maniobra en uno de los hangares de la nave.

Cuando salió de la cabina de su *karaki* notaba que se había hecho algunos moratones pero nada más. Eso pensó al ver a Ayato con un brazo en cabestrillo.

—¿Qué tal lo llevas? —le preguntó.

—Cómo puedo —replicó Ayato—, me he llevado un par de buenos golpes. La mayor parte de esos hijos de puta eran unos idiotas, pero había algunos muy buenos.

—Sí —reconoció Toomi—. Yo también he cobrado.

—Ha sido una batalla extraña —siguió Ayato—. Nos atacaron sin un auténtico plan, cayeron en la trampa y lucharon peor que nosotros. Solo hemos perdido tres *karaki* de veinticuatro, a cambio de derribar más de la mitad de sus unidades y dañar seriamente a mayoría de los que escaparon.

—Lo que de verdad importa es eso —replicó Toomi señalando una unidad enemiga—. Por lo menos los hemos capturado alguno.

TUF

—Ante nosotros está el hombre que ha liderado a nuestros valientes a la derrota —salmodió el guardián de la fe—. Un hombre sin convicciones, un hombre sin corazón guerrero.

La reacción del público fue desigual. Muchos gritaban y aplaudían al guardián, pero otros parecían estupefactos o incluso había quien se mostraba sofocado. Todos miraban a Tuf, encadenado en el centro del foro a la vista de todos. Acusado en un juicio donde la acusación era «fracaso».

—Este hombre reunió a nuestros guerreros y los llevó a la muerte —siguió el guardián de la fe—. ¿Cuántos han caído?

—Sesenta y seis —dijo Tuf, quien se sentía culpable pero nunca había odiado tanto al guardián de la fe, solo quería que se callase.

—En efecto —intervino el director de Astronomía—. Han muerto sesenta y seis de nuestros pilotos, incluyendo ocho excelentes pilotos con numerosas misiones de consecución de recursos.

—¡Y el responsable está ante nosotros! —rugió el guardián señalando a Tuf.

—Quizá —insinuó el jefe de Astronomía—. Pero son justamente las bajas sufridas bajo su mando el motivo por el cual necesitamos a Tuf más que nunca.

Todo el foro contuvo la respiración.

—Tuf ha fracasado en su misión de destruir a los demonios —insistió el guardián de la fe—, y muchos hombres buenos lo han pagado con sus vidas.

—Enviamos ochenta y cuatro unidades a combatir contra esos monstruos y pocos han vuelto —prosiguió el jefe de Astronomía— y de los dieciocho pilotos supervivientes, solo diez son pilotos expertos y menos de seis tienen experiencia dilatada en el exterior. Ninguno tiene tanta experiencia como Tuf.

El foro volvió a callar.

—Después de esto necesitamos a todos los pilotos disponibles —prosiguió el jefe de Astronomía—, no podemos ejecutar al mejor de todos.

El guardián de la fe dirigió una mirada que mataba al jefe de Astronomía, pero ambos se retiraron a un gesto del capitán.

—Estoy de acuerdo con que no podemos prescindir de un hombre como Tuf —dijo—, pero tampoco una derrota como esa puede quedar sin amonestación —Tuf sintió que se le helaba el corazón—. Tuf no será ejecutado pero se le retirará su licencia de paternidad y... —Tuf se enteró más tarde de que ya no era el capitán de los exploradores, pero entonces lo único que le importó fue perder su licencia de paternidad. El bebé que tanto había deseado con Tye se había ido, recuperar el permiso sería difícil y seguramente el guardián trataría de usar aquello para controlarlo.

También se enteraría más tarde por el jefe de Astronomía que aquel juicio había sido una farsa, una encerrona tendida por el guardián a la fe para reforzar su autoridad.

TOOMI

—¿Qué demonios se supone que es eso? —dijo Ayato al verlo.

Toomi no replicó, absorta al ver las criaturas que extrajeron de las unidades capturadas. No habían capturado a ninguno con vida, así que de las cabinas de las naves obtuvieron cadáveres despresurizados que le parecían fascinantes: *casi* humanoides, con rostros humanos pero tenían cuatro extremidades de igual longitud terminadas en manos de cinco dedos y carentes de pelo o uñas.

—No sé qué decirte —dijo al fin, aunque tenía una pequeña sospecha estaba tan desconcertada cómo el resto de la tripulación.

Arle consideró que la operación había sido un éxito y pusieron rumbo de regreso a la estación espacial de la que habían partido. Fue un viaje de regreso corto y sin incidencias. Ayato y Toomi terminaron su partida y muchas otras.

En la estación se les dio un permiso para reposar pero Toomi estaba interesada en aquellos seres, así que solicitó participar en su disección y análisis biológico. Su anatomía era perfectamente humana aunque tenían huesos débiles y un tono muscular escaso. Después de participar en el análisis de dos ejemplares, Toomi notó que necesitaba una ducha y dormir, así que se retiró.

Se apersonó al turno siguiente en una reunión donde Arle tenía que hacer frente a Kenneth y otros peces gordos. Peces gordos que estaban insatisfechos con los resultados de la expedición.

—¿Están diciendo que no saben qué nos ataca? —reclamó Kenneth.

—¡Se han retirado sin un resultado claro! —dijo otro.

—Y sin un motivo estratégico claro —prosiguió otro más.

—El verdadero problema es que aún no sabemos lo que está pasando —los cortó Kenneth.

—Yo tengo una teoría —intervino Toomi.

Todo el mundo se calló, salvo Ayato que la miró con malicia.

—Estoy muerto de ganas de oírla —dijo.

—Adelante —dijo Arle—. Aunque deberías habérmelo dicho antes.

—No he tenido toda la documentación hasta quince minutos antes de la reunión —dijo ella y prosiguió—. Podemos asumir que hemos sido atacados por el mismo grupo que lleva un tiempo masacrando a los mineros, y los cadáveres, que hemos requisado en la batalla, han sido estudiados y tienen por material genético ADN y cariotipo 46, por lo que se trata de seres humanos, algo diferentes a nosotros pero humanos.

—¿Sugieres que es un grupo modificado genéticamente? —intervino Ayato.

—Creo que no —dijo Toomi—, pero aun tendremos que realizar más estudios para determinarlo. A priori da la impresión de que están adaptados a vivir permanentemente en el espacio.

Se basaba en la debilidad de los músculos y huesos de los restos capturados. A pesar de los generadores de gravedad, incluso los mineros de la nube de cometas debían volver a algún planeta para mantener sus cuerpos vigorosos.

—Es interesante —dijo Arle—, haré que hagan un estudio de reloj molecular para determinar cuándo se separaron de nosotros. ¿Qué tienes en mente, Toomi? Se nota que tienes algo pensado.

Toomi se mordió los labios, iba a reconocer algo que le daba vergüenza.

—Cuando estaba en la academia de la UA —dijo—, conocí a un hombre un tanto extraño llamado Marsuf...

—¿Aún sigue con vida ese tipo? —intervino Arle.

—¿Le conoce? —replicaron Ayato y Toomi al unísono.

—Marsuf lleva rondando la academia de la UA desde antes de que yo fuera un cadete —replicó Arle—. Está visto que mala hierba nunca muere.

—Pues... —prosiguió Toomi rascándose la nuca algo avergonzada—, ya sabe que Marsuf se gana la vida contando historias y, según una de ellas, durante la Primera Crisis de la Vieja Tierra, antes del desarrollo del salto estelar, algunos grupos humanos consideraron que debían abandonar el planeta natal de la humanidad en naves ciudad rumbo a otras estrellas atravesando el vacío.

—¿Crees que estos tipos son descendientes de los humanos que abandonaron la Tierra hace milenios? —dijo Ayato.

—No es descabellado —reconoció Kenneth—. Pero eso no es una respuesta a lo que vamos a hacer para evitar los ataques.

—Si estoy en lo cierto —replicó Toomi—, estos tipos deben tener una población muy escasa y un rango de acción limitado. Creo que lo primero que deberíamos hacer es establecer una zona de cuarentena en los lugares donde sabemos que actúan y establecer una serie de patrullas.

Arle aprobó la idea y convenció al consejo de su bondad.



muro de Honor de los colaboradores

aquí yacen las firmas y nombres de las personas que hacen posible
que nuestro trabajo continúe a través de su aporte económico



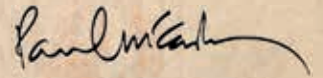
Jovi Huerto Vizcarra



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú